

Una fecha para el Apocalipsis

Fernando Bellón





© 2018 Fernando Bellón textos
© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

El padre López descubre que desea a su cuñada Virginia

De un golpe se levantó el flequillo que tapaba la cara de mi cuñada Virginia, descubriéndome sus pupilas inmensas. Un brillo selvático me alcanzó a través de sus gafas de montura roja y geométrica. Me había pillado desprevenido. Y esto me irritó, porque me obligó a reconocer que la estaba observando a escondidas.

–Y *también* espero que algún día me expliques por qué te empeñas en que te llame López, si tu apellido es Riosalido. –Hizo una pausa–. ¿Es por tu padre?

Sus palabras me sorprendieron aun más, sobre todo ese “también”, que había subrayado con acento de niña enfadada. Lo que me desconcertó fue que, hasta ese instante y por más de media hora, se había mantenido en silencio, con la cabeza inclinada sobre

el pupitre, concentrada en las fichas. Me turbó la idea de que quizá había empezado a hablar conmigo un poco antes, interiormente.

Hice el esfuerzo de no pensar en mi cuñada y en las posibles implicaciones de su súbito despertar. Era cierto que mi padre se llamaba Lope Riosalido. La idea de hacerme llamar por todo el mundo López coincidió con mi entrada en el seminario, siendo yo ya un hombre formado y con la vida resuelta.

—Yo soy cura por culpa de tu marido. Él se empeñó en serlo antes que yo. Le disuadí. De pronto, las demoledoras razones que había empleado contra él, me hicieron el efecto opuesto. ¿Lo sabías? ¿Conocías esta historia?

—Sé muy poco de mi marido, y mucho menos de López. El misterio de los Riosalido. —Envolvió sus últimas palabras en un barniz hipnótico.

—Te la voy a contar. Tenemos tiempo. —Levanté

la vista al reloj colgado en la pared de la biblioteca—. A las doce vendrá mi amigo Demillur...

—Uno de los mejores pintores vivos, quizá porque no ejerce... —me cortó, anticipándose a la frase que yo iba a repetir por enésima vez—. Lo sé. Tengo las fichas de los Beatos que me pediste.

—¿Cuándo las has preparado?

—Hace días. Cuéntame la historia. Por favor.

Su tono volvía a ser el de una niña malcriada que afecta una contrariedad.

Apenas había tenido trato con mi cuñada hasta que mi hermano me rogó que la aceptara como colaboradora en la biblioteca diocesana, para sacarla de una vaga depresión que la afectaba desde que dejó su empleo como peluquera estilista. Llevábamos desde el invierno trabajando juntos dos días a la semana, pero habíamos hablado poco, aunque sin

duda el trato había establecido entre nosotros una vaga familiaridad. Lo que más me sorprendió fue descubrir que la relación entre Virginia y mi hermano era frágil y superficial. Cuando escribo “relación” creo que quiero decir “afecto”.

En ese instante me sacudió un calambre de inquietud.

–En 1968 mi hermano valoró seriamente la posibilidad de meterse a cura.

–¿A los dieciocho años?... A mí me ha dicho que tenía quince.

–Yo tenía quince. La suficiente edad para darme cuenta de que lo suyo era un capricho. Veía tan claro que se estaba equivocando... Pero yo era incapaz de expresarlo, de explicarle que no debía hacerlo. Yo no tenía retórica, y mucho menos elocuencia. Vivía en una burbuja emocional. Me enamoraba de todas las chicas, pero me resultaba

imposible decírselo. Sin embargo, mi hermano era un ligón. Incluso se había acostado con una francesa. Me consolé pensando que el impulso sacerdotal se le pasaría con la misma rapidez con que había aparecido. Pero no fue así. Al cabo de dos meses, la idea de meterse a cura se mantenía en su cabeza. La justificaba con razonamientos bastante sensatos.

—¿Por ejemplo?

—No me acuerdo de ninguno. En serio. Pero sí de los míos en su contra. De pronto fui capaz de verbalizar mis pensamientos. ¡Era milagroso! Entonces ocurrió otro milagro. El confesor de mi hermano, un curita joven en quien confiaba ciegamente, tuvo que ausentarse por la súbita enfermedad de su madre o de su padre. Y ya no regresó. Poco a poco, tu futuro marido fue perdiendo interés en el sacerdocio, y en cosa de otros dos meses, su propósito de ir el curso siguiente a un seminario se

extinguió.

–El curita joven le estaba comiendo el tarro...

–Eso pensé yo. No me molesté en averiguarlo.

–Y entonces, te metiste tú en el seminario.

–No. Me metí en un grupo marxista.

¿Qué estábamos haciendo? El párroco de una iglesia suburbial varada en un barrio de emigrantes (circunstancia que compensaba como bibliotecario diocesano), contándole su vida a una peluquera. Mi cuñada tenía la F.P. de Secretariado, pero se había ganado siempre la vida en un salón de belleza. En este oficio se mantuvo después de conocer a mi hermano en una asociación de separados, hasta que le entró una depresión.

Proseguí mi discurso interior, esquivando la mirada enigmática de Virginia, que parecía leer mi silencio.

Aquellos marxistas eran personas inocuas, de familias bien, algunas de ellas vinculadas al régimen. Atacábamos con violencia el revisionismo. Dedicábamos largas reuniones a la lectura y glosa del pensamiento Mao ze-dong. Nos leíamos unos a otros irrefutables lecciones sobre la vía verdaderamente revolucionaria. En las asambleas de la Universidad éramos el dolor de cabeza de los carrillistas, pero sobre todo de los otros prochinos, a quienes acusábamos de ser agentes de la CIA y de la policía franquista. No sé por qué no nos molieron a palos. Quizá porque estaban convencidos de lo mismo con respecto a nosotros, y no querían provocar una reacción que podía pulverizarlos.

Pero a Virginia no le dije nada de esto. Sencillamente, me salté esta parte de mi vida. Antes de volver a hablar, sentí otro calambre de inquietud.

—En 1975, al acabar la carrera y la mili, me fui a

una comuna en los Montes Universales. Fue un episodio que duró poco.

De nuevo me hablé para mis adentros durante unos segundos que, vistos desde fuera, quizá fueron eternos.

El episodio de la comuna pudo haber sido más largo si la mujer con la que me marché hubiera tenido algo más de valor y de inteligencia. Pero era una individua mezquina. Nada más llegar a la comuna me advirtió que ella no era una mujer “de pareja”. Al principio, esto me pareció estimulante, un aviso de promiscuidad, camas redondas y todo eso. Yo acababa de perder la virginidad, y estaba preparado para cualquier cosa. Pero pronto descubrí que los hippies alternativos eran una pandilla de neuróticos decididos a contagiar a todos los que cayeran en la trampa de su comuna con su insensatez. Además, salvo el líder y su compañera, los otros carecían de personalidad.

Ninguno de los dos cabecillas tenía muchas luces, pero habían aprendido a aprovechar con eficacia el caos emocional y la estupidez de los comuneros. En seguida me volví a la gran ciudad y, como me había despedido de los marxistas teóricos, no encontré digno pedir el reingreso.

Durante mi silencio, Virginia se dedicó a clasificar, quizá aleatoriamente, las fichas con sus dedos de porcelana.

—A mi regreso me metí en un grupo trotskista que decía tener una célula en un barrio industrial. Seguí con ellos hasta 1977. Cuando el GRAPO empezó a matar policías y a secuestrar a tipos importantes, me dio miedo el radicalismo extremista. Entonces abandoné el grupo, y me convertí en un crítico independiente de la Transición.

Virginia tomó un lápiz y señaló algo en una de las fichas. Luego, me sonrió. Preparada para una

nueva fase de silencio. No era una mujer inteligente, pero era más lista que yo.

Otro escalofrío.

Odiaba la Transición, y a la vez me sentía un canalla. Tenía un amigo que se había involucrado en actividades violentas. Empezó a llevar una vida peligrosa. Exactamente igual que los personajes de algunas novelas. Pero aquel tipo se estaba jugando la libertad y la vida de un modo real, nada literario. Alguna vez me lo encontré por casualidad, y me pidió dinero para la causa. Se lo di sin rechistar. Le admiraba. Pero a la vez sentía una animadversión muy fuerte hacia él. No por lo que hacía, que en el fondo me parecía bien, socavar los cimientos del Sistema, sino porque estaba poniendo en evidencia mis limitaciones, que en el fondo me parecían la prueba de mi cobardía. Confiaba que la acción terrorista acabara con todo, incluso conmigo mismo. En aquella época

trabajaba en una empresa americana que acababa de establecerse en España con el firme propósito de expandir su negocio. En 1981 me despidieron, pagándome una indemnización considerable, que desde luego no merecía.

Virginia me miraba de reojo, y cuando se fijaba en mis pupilas, yo la rehuía de un modo accidental, casi frívolo.

–En 1983 me tocó la lotería. Invertí en el negocio inmobiliario, y me hice rico.

–¿Y luego te metiste a cura?

–Sí.

–¿Por qué?

–Por imperativo moral.

De nuevo, mi monólogo interior. No es que Virginia me diera miedo. Es que soy ese tipo de persona, ensimismado, neurótico.

Todo aquello me parecía injusto. ¿Por qué me estaba yendo a mí tan bien y a otros tan mal? Por ejemplo, a mi hermano mayor, o a mi amigo el comunista aventurero, que de pronto dejó de serlo y se volvió una persona de orden, pero sin un lugar donde caerse muerto. Por aquel entonces yo vivía con una chica que había escapado de la Alemania Oriental en un barco de carga, escondida en la tramoya de una compañía de danza, igual que en la película “El Premio”. Me pidió un préstamo para comprar un hotelito en la Costa Blanca. Se lo di. Desapareció, y nunca hizo el menor asomo de devolvérmelo. Esto, en lugar de irritarme, me dejó indiferente.

—¿Sentiste una repentina vocación? —preguntó Virginia, interrumpiendo mi soliloquio.

—Sí. Sentí la llamada de Dios.

Al principio me resistí a ella de un modo inerte. Me parecía estúpido, imposible que Dios me llamara a

su servicio. Yo era ateo. Un día, comentando mi desasosiego con un amigo, sugirió que el engaño de la alemana podía ser un aviso. No es que él creyera en esas cosas, era un tipo sin convicciones religiosas, como yo. Sólo le hacía gracia la idea.

¿Un aviso de quién? ¿Un aviso de qué?

No había respuestas, pero la intuición daba sentido a un hecho por lo demás intrascendente, porque ni yo me había arruinado ni la alemana se había hecho millonaria a mi costa. Luego me enteré de que tuvo que cerrar el negocio por mala gestión, ni siquiera por un vaivén del turismo o porque alguien le hiciera una jugarreta, como ella me la había hecho a mí. Su caso era una prueba de cuan responsables somos de nuestro destino. Pero el mío de hacerme rico me había venido dado. Me había escogido la suerte. Era injusto. Este vacío irrellenable que a veces produce la fortuna es lo que me permitió escuchar la

llamada de Dios.

Virginia, que se había puesto a pasar las hojas de un tomo ilustrado, me echaba miraditas de vez en cuando, esperando que cesara esa proyección muda de evocaciones en mi cabeza.

—¿Entraste en un seminario?

—No. Me marché a Nueva York. Allí decidí renunciar a mis bienes y hacerme sacerdote. Me consagré en Roma en enero de 1991, al día siguiente de la arriada de la bandera roja del Kremlin.

Esto sólo era una verdad a medias. En Nueva York me dediqué a asistir a todo tipo de ceremonias religiosas evaluadas. Quiero decir que evité las sectas o los grupos de iluminados. Empecé visitando sinagogas en Brooklyn, y acabé en un templo sintoísta de Long Island, pasando por varias iglesias evangélicas y una casa de oración del Opus Dei en Manhattan. Había rasgos comunes entre ciertos

grupos protestantes y aquellos observantes severos del catolicismo más recto: la sobriedad en la conducta, la tenacidad, la laboriosidad y la falta de sentimientos; eran amables y hasta serviciales, pero fríos como el mármol. No me interesaron. Hasta que un día, de vuelta en España, me encontré con un viejo conocido, aquel cura que había sido confesor y guía de mi hermano. Era un hombre digno de confianza, sensato y afectuoso. Me sinceré con él. Y me aconsejó que pasara unas semanas en un monasterio. Años después, me consagró él mismo en Roma en 1991, pero en verano. Hacía un calor de la hostia.

–Entonces, ¿la prosperidad de tu hermano, te la debe a ti?

–Sólo en cierta forma. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

–Desde que tú te hiciste cura... Es curioso, yo estaba convencida de que eras cura de cuna, de la

adolescencia... No tenía ni idea de que lo tuyo fuera una vocación tardía.

–Ya ves.

Me quedé mirando al reloj. Todavía faltaban unos minutos para que Demillur, un hombre puntual, fuera anunciado.

–¿Sabes qué, López? Tengo la impresión de que te estás guardando lo mejor. ¿Te das cuenta de que no me has contado nada? No sé si me estás tomando el pelo o es que me tienes miedo. ¿A quién me voy a comer yo? Yo no me como ni una rosca, ¿sabes? Ni una rosca.

Una súbita falta de gravedad dejó mis intestinos colgando en el vacío. Creo que me puse rojo y que ella se dio cuenta.

–¿Tienes algún hijo por ahí?

–No, no –me apresuré a afirmar.

–Hombre, habiendo sido cura tardío, has tenido tiempo de tenerlo, ¿no?

–No tengo ningún hijo.

–En eso nos parecemos. Tu hermano no ha querido tenerlos. Y, ¿sabes qué? Estoy a punto de perder la regla. La menopausia me espera a la vuelta de la esquina.

–Virginia, que todavía no tienes cuarenta años...

–¡Qué tendrá que ver la edad!

Y se tocó la frente con un dedo.

–No soy estéril, ¿sabes? Me he hecho pruebas.

En ese momento sonó el teléfono. Respondí. Demillur había llegado.

–Me gustaría conocer algo más de ti. Detalles, ¿sabes? Igual me sirve para entender mejor a mi marido. Estoy convencida de que se guarda cosas.

Como tú.

Me dirigí a la puerta de la biblioteca con resolución, y al tirar del pomo me volví a Virginia con aire de académico hastiado de serlo.

–¿Dónde tienes las fichas del Beato?

Me lo indicó.

–No necesitas quedarte. Va a ser una reunión aburrida.

–Son mis fichas. Necesitaré explicaciones.

Se giró hacia su bolso, y extrajo de él un espejito y un pintalabios.

–¿Tú crees que le gustaré?

En ese instante comprendí lo que me pasaba. Un loco deseo de poseer a Virginia se había ido abriendo paso en mi conciencia.

La pintora Louise queda deslumbrada por el artista sacro Demillur

Hace ya más de un año que conocí a Demillur. Mirado en perspectiva, lo más significativo es que ese día se cumplía también un año de la muerte de mi madre. Llevaba toda la mañana pensando en ella, sin hacer maldito caso a las conferencias de aquel seminario sobre “La Representación Plástica de la Historia Sagrada”, en el que me había matriculado en busca de créditos para mis cursos de doctorado en Bellas Artes.

El último acto del día sería una mesa redonda, que yo me iba a perder porque se solapaba con el inicio de mi trabajo en el restaurante donde me ganaba entonces la vida. En condiciones normales, incluso me habría sentido aliviada por librarme de aquel panel de farsantes recelosos. Con su retórica erudita se deslizaban sobre el estanque congelado de la historia

del arte como patinadores inseguros, observándose unos a otros, a ver quién era primero que daba un resbalón. Pero uno de ellos había resultado un tipo interesante, y lamentaba no poderlo volver a escuchar en la mesa redonda con que concluía la jornada. He dicho “volver a escuchar”, pero lo que yo quería era “volverlo a ver”.

Le habían presentado como “el maestro Demillur”, un pintor de arte sacro, que jamás había oído nombrar. Nada más ponerse a hablar, me di cuenta de que no estaba recitando ninguna lección rutinaria ni repasando unas fichas preparadas por sus alumnos. Aquel hombre se comportaba como si estuviera acostumbrado a impartir en público toda la vida. Realmente era un maestro. Luego supe que no había pisado la Universidad.

Tendría cincuenta y pico años. Era alto y más bien delgado. De expresión amistosa, de hablar

pausado y coherente, nada retórico. No leía, improvisaba sobre unos apuntes que miraba de tarde en tarde a través de unas gafitas de présbita. Sus encendidas pupilas se posaron en las mías en más de una ocasión. Pero dudé de que se hubiera percatado de mi bella existencia, dada su cortedad de visión.

Yo soy hermosa. Tengo 31 años excelentemente conservados. Sé que despierto el apetito de los hombres. Estoy acostumbrada a ello. Me beneficio de ello. Es algo que mi madre me reprochaba constantemente. Un año después de su muerte, todavía escuchaba a diario su piadosa diatriba: “¿Qué va a ser de ti, Luisita, si no sientas la cabeza?”

Aquel seminario sobre “La Representación Plástica de la Historia Sagrada” me había ido enervando poco a poco. Sobre todo las diapositivas habían atacado mis nervios. Se trataba de estampas

solemnes, barrocas la mayoría, de episodios bíblicos, algunas de ellas cargadas de erotismo, como “Esther y los Viejos” o “El Baño de Betsabé”. Me sentía una adoradora del becerro de oro insultada por Moisés, o una Judith en el momento de degollar a Holofernes, o la reina de Saba seduciendo a Salomón. Esta identificación con personajes de ficción que se presentan convencionalmente es propia de estados de neurastenia. Mi problema es que había ido sola al seminario y no tenía con quien desahogarme, en quien apoyarme para disipar aquella sucesión de fantasmas sagrados que me penetraban como puñaladas y se quedaban hurgando en mi interior.

Hasta que le tocó el turno a Demillur.

Sin ninguna contemplación se escapó del Barroco y dio un salto hacia atrás que le llevó a la Edad Media, una época en la que se sentía muy a gusto, confesó. Al hablar combinaba un conocimiento

profundo de la cultura pre-románica y románica y de las condiciones y costumbres de aquella época remota, con una visión poética extraída de viejos cronicones latinos y de canciones de gesta en primitivos romances. A mí me parecía un vate, un clérigo poeta celebrando desde un púlpito las hazañas involuntarias de los mártires. Su lenguaje era de ángeles, pero contaminado de una emoción veladamente demoníaca. Me dejé abrazar por sus palabras. Cerré los ojos, y le besé. Al abrirlos, tenía su mirada clavada en mis pupilas.

Resolví presentarme a él antes de abandonar el seminario. Aproveché la pausa que siguió a su disertación. Esperé a que se apeara de la tarima de los conferenciantes, donde se mantuvo unos minutos arrinconado por unas cuantas doctorandas. Me llamó la atención que ni un solo varón se aproximara a Demillur. En el público había muy pocos. Y entre los

doctos ponentes, todos hombres, la intervención del artista se había distinguido tanto de las suyas, que les había dejado celosos y mohínos.

Eché a andar al fin, sólo como un héroe, hacia la salida, y me interpuse en su camino. Le tendí la mano, le felicité, me presenté con mi nombre, silenciando mi título y mi profesión (*maitre* de restaurante de tres tenedores), y sin esperar su reacción le hice directamente mi propuesta:

–Me gustaría invitarle a cenar una de estas noches, por ejemplo, hoy. ¿Se suele recoger usted tarde? ¿Le parece las once una buena hora o es demasiado...?

–Apenas duermo –contestó sonriendo.

No pareció sorprenderle mi invitación.

–¿Le faltan a usted las horas?

–No. Soy insomne. Me he acostumbrado a

horarios extravagantes. ¿Le ha interesado de verdad mi verborrea?

Ni su tono de voz ni su ironía eran forzados. Su sonrisa era auténtica.

–Sí. Quiero decir que no me ha parecido verborrea en absoluto. Los otros ponentes sí han conseguido aburrirme.

–Perdóneme, señorita. Me sentiría más cómodo si pudiéramos tutearnos. Pero ignoro quién es usted, quizá una catedrática joven y curiosa.

–Nada de eso. Tuteémonos. Solo soy licenciada en Bellas Artes. Luego, pintora sin marchante y *maitre* en un restaurante japonés. En él es donde me gustaría cenar contigo. Pero como estaré trabajando, la buena hora para poder hablar es a partir de las once y media, cuando ya no entran clientes. Vienes, escoges un menú, te lo sirven, y a los postres me siento a tu lado.

–¿Conoces algo de mi obra?

Dudé un instante, pero resolví ser sincera.

–Nada. Cero. Soy una de tantas ignorantes.

–¿Y qué es lo que te ha atraído de mí?

–Tu boca... ¡Tu palabra! La única que sonaba auténtica entre tanta vaciedad sagrada.

–Es una palabra de honor, puedes estar segura.
¿Lees revistas ilustradas?

–No. La verdad. La información me produce desasosiego.

–No me refiero a esa información, sino a las revistas de Diseño y Hogar.

Negué con la cabeza.

–Yo vivo de espaldas a la actualidad, pero deslizándome sobre su lomo escurridizo. Me gana la vida, bastante bien, por cierto, con la arquitectura interior. También ilustro algunas publicaciones del

ramo. Esa es mi obra.

–¿Y tu fama de artista sacro?

–He decorado alguna iglesia... El único valor de mi trabajo es que soy anticlerical y un poco ateo. Pero los curas fingen no darse cuenta y de vez en cuando me encargan un Vía Crucis, un retablo, una Crucifixión, una Virgen... No sé por qué lo hacen. ¿Tú encargarías tu retrato a un consumado y exclusivo abstraccionista?

Me hizo gracia que dijera “abstraccionista”, que es como se llamaban al principio los pintores abstractos.

–No podría. No tengo dinero. Me hago autorretratos para calmar la vanidad, y con frecuencia me salen más abstractos que concretos. Me gustaría ver algunos de tus trabajos... sagrados.

–Son sagrados porque pertenecen al espíritu.

Pero solo tienen de cristiano su fermento cultural. Si me hubiera criado en el Tíbet, pintaría Budas en lo alto de cumbres nevadas, sin que eso quisiera decir que fuera budista.

Extraje una tarjeta de mi bolso y se la entregué.

–Lláname cuando quieras venir a cenar.

–¿Hoy?

–O mañana. Cuando te venga bien.

–Bueno... Tendré que mirar mi agenda...

Me desconcertó. No supe distinguir si hacía una broma o se refería a una lista interminable de obligaciones. Entonces se me ocurrió decir:

–Puedes traerte a tu esposa. Va incluida en la invitación.

–Te avisaré con tiempo.

Nos despedimos.

Yo me quedé perpleja. Mi primer impulso había sido ligar con aquel tipo culto e interesante, de busto romano, pelo corto y rizado, barba encanecida, pómulos altos, nariz aristocrática y ojos protegidos por unas cejas imperiales. Meterme en la cama con un hombre veinte años mayor que yo, más formado que yo, quizá más inteligente que yo. Y esperar el efecto causado por aquel choque de cuerpos y de sentimientos. Apuntarlo en mi lista de amigos. Engrosar mi agenda de mujer sin madurar, de mujer independiente, de mujer imaginada por un cantautor maldito, de mujer que se planta delante de la tumba de su madre y le suelta, “no me da la gana sentar la cabeza, mamá, y ya ves lo bien que me va, íntima de pintores, escritores y fotógrafos; el próximo será un premio Nobel”.

Y ahora resultaba que acabaría cenando con Demillur y con su esposa. Podía aprovechar para

sentar la cabeza.

Tuve un impulso. Me fui a casa en un taxi, pedí que esperara un momentito. Regresé enseguida con media docena de lienzos y tablas sin enmarcar, una selección de mi obra más reciente, lo mejor de ella, lo más grande. Eran buenos. Se lo dije al taxista, que no me hizo ni caso. Las paredes del restaurante me las había reservado, abusando de mi autoridad de *maitre*, tras asegurar a los camareros y cocineros que eran libres de aportar sus propias creaciones, si es que las tenían, que no las tenían. Así pues, el local estaba lleno de cuadros míos. De tamaño medio o pequeño. Todos hermosos, sedantes, con un aire oriental muy apropiado en aquel restaurante. La mayoría abstracciones de paisajes urbanos. Los pintaba a rachas, cuando me hartaba de un hombre, o cuando despedía a alguien que se empeñaba en ser mi amante. Recuperaba la calma entregándome al lienzo. Era

como un espejo. En lo más hondo de las pinceladas y los trazos de paleta se veía la estela de una vorágine, un remolino turbio. Creo que es lo que les daba autenticidad, si no, habrían sido ejercicios estéticos sin vigor ni valor.

Pero los que había seleccionado de mi estudio eran violentos, provocativos, lo más antagónico a un salón comedor, porque eran como puñetazos en la boca del estómago. Eso es lo que me dijo un día un crítico. Yo creo que era una imagen vacía; algunos críticos escriben cosas incomprensibles que suenan bien; otros llenan su texto de imágenes que les parecen poéticas. Decidí guardar aquellos seis cuadros grandes en un rincón de la despensa, para colgarlos la tarde que Demillur avisara que venía a cenar. Quizá le gustaran. Tenían que gustarle. Le juré a mi madre que si me salía bien, quizá dejara de ser una adolescente caprichosa y me volvería una artista presuntuosa.

López, su cuñada y su hermano, en el estudio de Demillur

Demillur era un cocinero consumado. Había aprendido en Ámsterdam, donde pasó un año de su juventud estudiando a los primitivos holandeses.

De ese periodo de su vida yo no sabía nada. Habíamos dejado de vernos en sexto de Bachillerato, aunque él había abandonado el colegio dos años antes para ponerse a trabajar de chico de los recados en un estudio de arquitectura. Al acabar el curso preuniversitario, yo me matriculé en Económicas. De él, lo último que supe fue que entró en una escuela de Artes Aplicadas. Después de volvernos a encontrar, tras un lapso de diez años, bastante antes de que yo sintiera la llamada de Dios, me contó su estancia en Holanda y cómo se ganó la vida de pinche en la cocina de un hotel de categoría.

Una de las personas que conoció fue un

diseñador de interiorismo belga, cuyo taller frecuentó. Demillur vio que aquello era una forma de ganarse la vida compatible con sus inclinaciones artísticas, se matriculó en una escuela privada, y al regresar a España se puso a buscar clientes. Durante unos años estuvo diseñando restaurantes, cafeterías, pastelerías y también boutiques de moda. Ganaba mucho dinero, pero estaba insatisfecho. El tiempo libre lo dedicaba a visitar iglesias románicas en el Pirineo, en León y Castilla, y en hacer viajes a Italia, donde se zambulló en la pintura primitiva gótica. Hasta que un buen día cayó en sus manos un facsímil de cierto *Beato*, un librote que glosa el texto del Apocalipsis de San Juan, ilustrado por monjes artistas de un modo inquietante, casi angustioso. Pero, a la vez, esas miniaturas desprenden un sentimiento de seguridad, de confianza ciega en la Justicia Divina: el mundo está lleno de arbitrariedades, los príncipes religiosos y laicos abusan de su poder, se entregan a la lujuria, se dejan

arrastrar por la codicia, los humildes aguantan el despotismo y la soberbia de los poderosos. Pero tras el sonido estridente de las trompetas del Apocalipsis, el Orden Divino restablece la justicia universal y definitiva entre los hombres.

Demillur conocía todas las versiones ilustradas de Beato, el monje de Liébana que dedicó su vida a empollarse el Apocalipsis y a interpretarlo canónicamente. Unos cuantos miniaturistas se dejaron seducir por el ladrillo a lo largo de la Edad Media, y se tomaron en serio el inminente fin del mundo. Eran antecesores morales de los actuales catastrofistas, que hacen la misma predicción basándose en supuestos certificados científicos.

Mi antiguo compañero de colegio fue el último de la larga lista de artistas seducidos por las glosas del Beato. Al principio lo que le fascinaban eran las miniaturas, aquella serie de estereotipos en los que

adquirían figura las visiones del evangelista: el Cordero Apocalíptico, la Paloma Mística, los Ángeles trompetistas, la Ciudad Celestial, la confundidora Babilonia, la despiadada Bestia, los caballos destructores, las langostas insaciables, la Gran Ramera... Pero luego se leyó varias veces el Apocalipsis, lo estudió, y finalmente se empapó de los comentarios de Beato, y en algún momento se emborrachó de ellos.

Entretanto, su fama de arquitecto de interiores se había consolidado. Había saltado de las boutiques de barrio a las oficinas y los negocios del centro de la ciudad. También se había iniciado en la ilustración publicitaria, gracias de nuevo a su amigo el artista holandés. Se convirtió en un valor internacional. Pero en su corazón, latía el Apocalipsis.

De pronto, un día sintió la necesidad de plasmar sus propias visiones, maceradas en un adobo que

llevaba años actuando en su cerebro. Esto no quiere decir que hubiera perdido la razón. Le sucedió lo que a muchos creadores, que se zambullen en una idea, se untan de ella, se fanatizan con ella, y a la vez llevan una vida que a casi todo el mundo parece corriente, menos a quienes les tratan de cerca.

A Demillur el Apocalipsis le había costado su segundo matrimonio.

Desde hacía tiempo vivía solo. Hizo algún intento sin convicción de tener nueva compañía. Pero la soledad le había empujado a unos horarios en los que la convivencia era imposible. Se levantaba de madrugada, se daba un paseo por la ciudad desierta y desayunaba en un bar. Regresaba a casa, organizaba su trabajo del día, en concreto sus diseños de interiores y sus ilustraciones publicitarias, y se volvía a meter en la cama. Dormía hasta el mediodía. Se levantaba, almorzaba y se ponía a trabajar en sus

encargos comerciales hasta las seis. Luego se iba a cenar con su padre, un nonagenario de complexión atlética. Regresaba a su estudio y se centraba en su trabajo auténtico, personal, a veces las ilustraciones del Apocalipsis, a veces paisajes que había abocetado en algún viaje, a veces alucinaciones interiores mezcladas con realidades turbadoras. Así, hasta la una o las dos, en que se dormía, después de leer un rato una novela de ciencia ficción.

Le molestaba tanto romper el ciclo que ni siquiera se permitía tener líos, lo cual desequilibraba su libido. Pero no le importaba demasiado, primero porque este desarreglo estimulaba su creatividad; y luego, porque tenía una confianza ciega en su instinto y, cuando estaba a punto de perder los nervios, se dejaba llevar por él y se convertía en un hombre sociable y al acecho de hembra, seductor y complaciente. Las amantes le duraban una semana. O

se iban ellas o las terminaba echando.

Esto lo sé porque me lo contó él mismo. Las peloterías de Demillur estaban fabricadas al milímetro para causar un efecto fulminante.

Cuando Demillur me hablaba del “desequilibrio de su libido”, me miraba de un modo inquisitivo. Yo imaginaba que él querría saber cómo me llevaba yo con mi propia libido. Yo seguía siendo para él Paco Riosalido, pero no tenía la misma intimidad con el cura, el padre López. Además, él ignoraba que me había cambiado de nombre.

Demillur nos había invitado a cenar en su estudio a Virginia, a su marido, mi hermano, y a mí. Preparó un menú ligero y exquisito y nos ofreció un excelente vino blanco del Vinalopó.

La instigadora de la cena había sido,

naturalmente, Virginia, que se empeñó en conocer los trabajos “auténticos” del artista, desconcertada por mis noticias en torno a la su fama de diseñador e ilustrador fabuloso y bien pagado, uno de los más codiciados por las agencias de publicidad internacionales.

Demillur vivía en un ático dúplex con vistas a un jardín municipal. En el piso de abajo tenía su taller. En el piso superior había instalado su estudio para Apocalipsis y su vivienda.

La cena tenía lugar arriba, en medio de caballetes, mesitas llenas de libros y papeles, latitas de pintura acrílica, tubos de óleo, pinceles, espátulas, botes con aguarrás y trementina, trapos manchados de colores, sinuosos trozos de ramas, cachos de tubería aplastada, cuerdas deshilachadas, caracoles marinos y cantos rodados pintados de colores. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros, y en los

huecos, bocetos clavados con chinchetas y algún que otro cuadro ajeno. En un rincón se amontonaban decenas de lienzos y en otro, carpetas a reventar de dibujos y óleos sobre cartón. Demillur había intentado disimular el tufo a pintura fresca con un par de varillas de incienso y algunas velas olorosas. Al entrar en el estudio uno tenía la sensación de que penetraba en el gabinete de un alquimista, y se sentía un poco intruso.

–¿Pero quién es ese López al que no paráis de referiros? –preguntó Demillur–. ¿Me estáis tomando el pelo o es un código secreto entre vosotros?

–López soy yo –aclaré.

–Pero si tú eres Paco Riosalido...

–Me cambié de nombre al hacerme cura.

–¿Cómo los papas?

–Algo así –admití, asustado por la comparación.

–¿Te tengo que llamar López?

–Lámame como quieras.

–Bueno... ya veremos lo que sale.

–Es un desdoblamiento. Eso es lo que yo creo – dijo Virginia–. López sigue siendo Paco Riosalido. López reprime a Paco Riosalido. Pero de vez en cuando se le escapa.

–¿Cuándo? –quiso saber mi hermano.

Virginia me miró, y se dio cuenta de que el tema me estaba provocando mucha incomodidad.

–Cuando le interesa, me imagino. ¿No es verdad, maestro? –Demillur estiró la cabeza hacia Virginia al sentirse apelado–. ¿Tú qué eres o qué eres más, arquitecto de interiores, diseñador gráfico o artista sacro?

Demillur puso los ojos como platos. Era como si Virginia le hubiera alcanzado el alma y hubiera

corrido la cortina que la tapaba a las miradas indiscretas. Mi amigo se quedó mudo.

–Te ganas la vida como diseñador. Pero la llenas con tu pintura metafísica...

–No. No... –Intervino Demillur–. Mi pintura no es metafísica. Es religiosa, o espiritual, o intestinal, pintada con las tripas. Pero no tiene que ver nada con la filosofía ni con la razón...

–Bueno. Pintura intestinal. Pero, ¿tengo yo razón o no? Eres un hombre paradójico, profundamente desequilibrado...

Miré a Demillur, y me pareció que le costaba trabajo disimular su perplejidad. Empezó a dibujar una sonrisa de cortesía, pero de pronto, la borró. Temí que se levantara y nos enviara a todos a la calle.

–Hablas como si conocieras muy bien mis trabajos. Los venales y los sagrados.

–Me gustaría conocerlos...

–¿Por qué no empezamos por la arquitectura interior? –propuso mi hermano.

–¿Ahora? –preguntó Demillur.

–Sí. Un poquito. Por ejemplo, cuéntanos cómo empezaste, cómo se consolidó tu fama, qué estás haciendo ahora mismo.

–De acuerdo –concedió el artista–. Pero antes quiero que veáis un lienzo de mi serie apocalíptica y me digáis qué os parece. No, no os quiero poner en un compromiso. Es que estoy atascado. Lo he empezado seis veces. He abocetado tres versiones. No sé por dónde tirar... ¿Me haréis el favor?

Mientras acercaba el caballete con la tela aludida, que estaba vuelta del revés, dijo dirigiéndose a Virginia:

–Entonces yo, ¿a quién estoy reprimiendo? ¿Al

artista sacro o al diseñador pedante?

–Te lo diré cuando conozca bien tu obra.
Ambas.

Efectivamente, el cuadro estaba sin acabar. Era un lienzo de casi dos metros por más de uno, dos partes de él estaban pintadas, y en el centro había un espacio vacío en diagonal, de la esquina inferior izquierda a la superior derecha. Se adivinaban sombras, figuras o formas que habían sido borradas. Las partes rellenas consistían en elementos geométricos, paralelogramos de vivos colores intersectados, curvas que podían representar a seres más o menos angélicos, más o menos humanos, sombras quebradas que separaban tanto como unían, estrechos abismos dispuestos no para amenazar a los posibles personajes del cuadro, sino para que el que mirara el cuadro se asomara a ellos.

Yo no había visto aún ese lienzo, pero no se

diferenciaba mucho de otros que conocía. Para mi hermano era toda una novedad, una repulsiva novedad, diría yo por la expresión que puso.

–Es tremendo... Es inquietante... No podría comerme una mariscada al lado de este cuadro –dijo al fin.

Demillur no le hizo el menor caso. Se volvió a Virginia, a la espera de su diagnóstico.

–Necesitas una modelo, para llenar ese hueco, ¿verdad?

Demillur volvió a poner los ojos como platos.

–No se me había ocurrido, la verdad. Pero ahora que lo dices, sería un contraste brutal pintar en mitad de la tela una figura de mujer, casi en plan hiperrealista.

–Como uno de tus anuncios –dijo mi hermano.

–En plan Norman Caldwell –solté yo, incapaz

de dominar mi pedantería.

–¿Quién es Norman Caldwell? –preguntó Virginia.

–Vamos abajo y te lo enseñaré.

–¿Cómo se llama el cuadro? –preguntó mi hermano, con el cuerpo medio vuelto ya hacia la escalera de caracol.

–*La Gran Ramera.*

Mi hermano soltó un sordo silbido de naturaleza indeterminada. Había algo raro en su actitud desde que habíamos terminado de cenar. Es una persona culta, con un gusto elevado, sutil, buen conversador. Pero se estaba comportando como un patán recién llegado al club inmobiliario. En verdad no era un constructor con pedigrí, todavía no hacía diez años que había heredado mi fortuna, pero la había administrado con inteligencia y dedicación,

hasta convertirse en un astuto especialista del ladrillo.

Curiosamente, todo su ingenio emergió al bajar al piso inferior, en el taller donde Demillur realizaba sus encargos de interiorismo y de grafismo publicitario. Mi amigo nos enseñó bocetos de pequeños jardines, cartones con proyectos de viviendas de alta calidad, lámparas y muebles que realizaba de tarde en tarde para distraerse, dibujos para anuncios de objetos de lujo, y nos regaló a cada uno un bocetito de sala de estar luminosa y austera. Mi hermano no paró de hacer observaciones agudas.

Para terminar, Demillur sacó de una estantería un tomo ilustrado de los trabajos de Norman Caldwell y lo estuvo hojeando ante Virginia.

—Este hombre reflejó un mundo hermoso, próspero, equilibrado y seguro. Sin embargo, los años 50 y 60 fueron turbulentos, incluso en los Estados Unidos.

–¿Fue un falsificador? –preguntó Virginia.

–En absoluto. Fue un estabilizador necesario. ¿Conoces alguna sociedad, algún ser humano que tenga una vida homogénea, que no sufra, que sólo lo pase bien? Vivir es una inquietud constante. Nuestro cuerpo ha sido concebido para adaptarse a las peores circunstancias. Pero los hombres de estos tiempos no soportamos la incertidumbre. Gastamos mucho dinero y energía compensando las pequeñas amarguras y los desatinos de la vida. Yo dedico parte de mi talento a procurar tranquilidad y comodidades domésticas a la gente que puede pagarlas...

–Estoy impresionado –dijo mi hermano con admiración–. Con tu obra y con tu filosofía. En serio.

Virginia le tomó la mano en un gesto automático de afecto.

–Este hombre –señaló con la cabeza el libro de Norman Caldwell– ofrecía a la gente píldoras de

felicidad.

–En efecto –me sorprendí diciendo–. El arte, la religión del siglo XX.

–¡La competencia! –exclamó Demillur un poco teatralmente.

–No. Competencia no es. Es un sucedáneo. Y no lo digo por ser cura...

–La gente se gasta un montón de pasta en hacer creer a los demás y en creerse uno mismo que es feliz. He sido muchos años peluquera –intervino Virginia–. Y en la peluquería las personas hacen confidencias sin darse cuenta. Debe de ser porque no se reconocen con el pelo lavado y los papeles de plata ante el espejo, y piensan que el que habla es otro.

–A mí lo que más cólera me produce es la inversión de la gente en formas de aturdirse –dijo Demillur.– Durante la semana, trabajando de sol a sol.

Y los sábados y domingos, de marcha hasta el amanecer, o al fútbol hasta enronquecer. Es una época apocalíptica. Vivir a tope, disfrutar a tope, antes de que todo se acabe, antes de que yo me consuma. Estirar la diversión, estirarse la piel. Como si se pudiera estirar la vida. Debe de ser el instinto de conservación.

–¡Es verdad! Nunca habíamos vivido una época tan próspera como la actual, –dijo mi hermano–. En ningún otro tiempo se había vivido mejor que ahora. Y nunca como hasta ahora se habían pronosticado tantas catástrofes, nunca habíamos tenido peores amenazas terroristas. Nunca había habido tanta gente deprimida, pesimista, descontenta. Necesitamos felicidad, píldoras de felicidad. Si nos las proporciona el arte, bienvenidas sean. Yo me siento agradecido a profesionales como tú.

–¿Y qué me dices de su pintura visceral,

sagrada? –pregunté.

En realidad era una pregunta retórica, no dirigida a mi hermano.

–Son píldoras de contraveneno, para asimilar la amenaza apocalíptica –dijo.

–No es una amenaza. Se nos echará encima tarde o temprano –aseguró Demillur.

Se nos hizo muy tarde, y estábamos todos demasiado cansados para pasar a la *pintura visceral* de Demillur. Lo dejamos para una próxima e indeterminada visita.

–Ese compromiso es demasiado ambiguo –dijo Virginia–. ¿Te importa darme tu teléfono y yo te llamaré un día para ver tu obra religiosa? No es que a mi marido no le interese, pero sé que está demasiado ocupado proporcionando felicidad a la gente que necesita un piso.

Demillur le dio el teléfono y nos despedimos cordialmente.

En la calle, mi hermano me dijo mientras entrábamos en el coche:

–Se me está ocurriendo una idea...pero necesito madurarla un poco... Ya os la contaré mañana o pasado.

–¿Tiene que ver con Demillur? –pregunté.

–Sí.

–Yo también tengo otra idea –dijo Virginia–. Bueno, a lo mejor es una chorrada. Me gustaría hacer de modelo del cuadro sin acabar de Demillur.

“La Gran Ramera”, pensé yo desconcertado.

–¡La Gran Ramera! –exclamó mi hermano–. ¿Y si te pide que te desnudes?

–Si es necesario... Una tía decente no tiene por qué temer desnudarse, ¿no?

Pensé que en presencia de mi hermano mi instinto se coartaría, pero me equivoqué. Varios escalofríos me sacudieron de arriba abajo.

Virginia no dejó pasar muchos días para telefonar. Demillur la invitó a cenar a un restaurante para hablar del asunto.

Mi hermano desveló entonces la idea que había tenido en el taller del artista. La había perfilado e incluso había hecho alguna gestión para ponerla en práctica. Se trataba de que una institución bancaria con la que tenía buena relación organizara una exposición antológica de la obra mundana de Demillur, un homenaje a alguien que trabaja para la efímera felicidad de los seres humanos. Le pidió a Virginia que sondeara al artista.

Yo me enteré a última hora de todo. Me informó sucintamente un día Virginia al salir de la biblioteca.

–Esta noche ceno con Demillur. Me ha pedido que le acompañe a un restaurante al que le ha invitado una joven admiradora. Dice que debo fingir que soy pariente suya. O su mujer o su hermana. ¿A ti qué te parece?

Me pareció que el Destino se interponía entre Virginia y yo. La suerte volvía a protegerme. Me puse como loco. Empecé a fabricar una secuencia de fantasías, desatando mi deseo, amenazando con él a la impertinente Fortuna.

Primero le diría que tenía que hablar con ella fuera de la biblioteca. Iríamos a la cafetería de un hotel. Con sinceridad y buenos modales le diría que deseaba acostarme con ella. Que había reservado una habitación. Que esperaría en ella su respuesta. Subiría al cuarto. Lo que sucediera después era indiferente: si acudía, haríamos el amor y sería mi perdición; si no acudía, su rechazo me volvería loco o me ayudaría de

una vez a sofocar mi impulso erótico hacia ella. Me facilitaría la búsqueda de otra solución. Ella quizá quisiera saber por qué le hacía esa propuesta. ¿Qué le respondería en ese caso? ¿Un galimatías sentimental? ¿Una fría admisión tipo “eres la mujer más cómoda para mí, la que tengo más a mano”? Pensé en el acto sexual con la distancia del que observa a dos animales copulando. La cópula no era otra cosa que un acto fisiológico. Añadir a ella afecto, sofisticación, malevolencia o sacrificio es lo que la hacía un acto humano. Yo, como sacerdote católico, me lo había prohibido voluntariamente. Y yo no era uno de esos curas que se creen dispensados del voto de castidad. Lo había hecho en serio. Mi vocación no estaba en crisis. Debía de ser una sencilla urgencia carnal, como la de un tipo obligado a ayunar por razones de salud que pasa delante de un escaparate lleno de viandas ¿Era eso lo que me estaba pasando? ¿Tan burdo y tan sencillo como eso? Y si era otra cosa, si era una

prueba por la que tenía que pasar, ¿quién me la imponía yo o Alguien? Y sobre todo, ¿por qué? ¿Por qué las obligaciones morales, en lugar de ser una senda incómoda pero visible, se convierten en un laberinto, en un viaje por la niebla? Me habría gustado tener una persona en quien confiarme. Pensé en la posibilidad de pagar a una mujer hermosa y apetecible, quizá eso me ayudara a salir del trance con Virginia. Pero es muy difícil orientarse en la niebla.

Fue entonces cuando se me apareció Mefistófeles por primera vez, en esta etapa de mi vida. Es decir, que lo conocía de antes.

Demillur contrata a Louise

Al principio me intrigó qué es lo que indujo a Demillur a contratarme como ayudante suya. ¿Los cuadros que colgué precipitadamente en las paredes del restaurante nada más conocer su intención de visitarlo? Por cierto, estuve a punto de no poder exhibirlos, porque la noticia de que venía a cenar aquella noche la tuve al repasar la lista de reservas.

Como esperaba, me preguntó por su autor. Al decirle que eran míos, me preguntó si tenía allí bocetos. Entonces me propuso que visitara su estudio con una carpeta de cosas variadas. No dio ninguna explicación de cual era su propósito al invitarme a llevar mis trabajos. Acaso, pensé, no tiene ni siquiera un propósito, solo desea pasar un rato agradable en compañía de una mujer joven y atractiva.

La que le acompañó durante la cena era algo mayor que yo, pero no creo que fuera más bella.

Además era miope, y llevaba unas gafitas de montura roja que daban un aire cubista a su cara. Me la presentó simplemente como “Virginia”. Les vi hablar animadamente mientras les servían los platos. Mi libido se estimuló de un modo extraordinario, inusual.

Al sentarme con ellos, Demillur me dijo con un exagerado alborozo que el marido de aquella mujer le iba a organizar una exposición. Parecía que más que alegrarle, le hiciera gracia.

Nos quedamos solos en el restaurante, y cuando los camareros y los cocineros se despidieron, nos dimos cuenta de la hora.

Pedí un taxi para Demillur y su acompañante, y otro para mí. Pero hubo una confusión, y solo acudió un vehículo. Nos metimos los tres en él. Cada uno dio su dirección. El itinerario lógico era dejar primero a la tal Virginia en su domicilio conyugal, luego a Demillur en su estudio, y por último llevarme a mi

casa.

Emprendimos el camino.

Noté en la despedida de la mujer cierta irritación.

Al llegar el vehículo a casa de Demillur, el artista sacro intercambió conmigo un par de besos en las mejillas, y me pidió que le llamara al día siguiente para concertar una cita.

Sola en el taxi, me dio por pensar sobre el sentido de la vida. Para mí la vida carece de sentido, es algo mecánico, biológico. Siempre me he creído capaz de descubrir esas pulsiones y adaptarme a ellas por puro instinto, como los niños, y me ha funcionado. De ahí mi resolución de no convertirme en mujer, en persona adulta y establecida, porque empezaría a imponerme un sentido moralizante, antinatural. Solo en ocasiones tengo la impresión de que la vida tiene un sentido secreto, que se manifiesta

en acontecimientos propicios o adversos. Entonces me pongo a pintar esos paisajes urbanos semi abstractos con un fondo de vorágine, de remolino turbio, pero tan tenue que para advertirlo tienes que pasar un buen rato delante de los lienzos, hasta que esa inquietud secreta emana de ellos y se infiltra en el mirón.

Pero de eso casi nadie se da cuenta. La mayoría de las personas que van a una exposición o pasan a una galería hacen un recorrido fugaz y no dan tiempo a que lo que el artista ha vertido en la tela o en la tabla o en el cartón llegue a su conciencia. Yo lo entiendo, aunque me perjudica. A veces paso una hora en una librería leyendo páginas sueltas de novelas. Abro una por el principio o al azar y procuro leer al menos un par de párrafos. Luego dejo el volumen en la estantería y tomo otro. Casi nunca me acabo comprando un libro impulsada por este método. Y las pocas veces que lo he hecho, me he arrepentido.

Al dar la vuelta a la manzana donde Demillur tenía su estudio, vi un VIP. Le pedí al chófer que me dejara en la puerta. No tenía ningún sueño, y no me apetecía pasar la madrugada dando vueltas en la cama, sintiéndome sola en mi propia casa. Hojearía las últimas novedades de las listas de éxitos.

En el estante de libros rebajados me llamó la atención un ensayo titulado *La Impostura Emergente*, de un tan Segismundo Bombardier. Estaba hojeándolo cuando escuché una voz masculina sobre mi hombro derecho:

–Cómprelo y no se arrepentirá.

Al volverme me encontré con un rostro barbudo. Me sonreía y en sus ojos brillaba la luz intermitente de la ebriedad. La voz, sin embargo, no vacilaba, y su aliento no parecía oler a alcohol sino a ardor de estómago.

–Soy Mefistófeles, pero en el mundo mi

nombre es Segismundo Bombardier. Este libro me costó una enfermedad nerviosa y el odio de los críticos de arte. ¿Le interesa a usted el arte?

–Soy pintora.

–¿De éxito?

–Nada de nada. Regalo mis cuadros. Le daría uno a cambio este libro pero... –de pronto pasó por mi cabeza una rapidísima película, aquel desconocido Bombardier acompañándome a mi casa con su ensayo; yo enseñándole una carpeta de mis paisajes urbanos sobre papel para que escogiera uno; los dos en la cama; y yo despertándome con *La Impostura Emergente* entre las sábanas y el resto del lecho vacío.

Me había quedado en suspenso, y el tipo interrumpió mi ensoñación.

–Pero el intercambio es imposible. Yo no puedo comprar mi propio libro. Estaría viciando las leyes del

mercado. Eso es como intentar desviar la eclíptica de la Tierra en torno al Sol...

–Las leyes del mercado... Y eso me lo dice Mefistófeles... –dije burlona–. Mefistófeles puede retorcer el eje de la Tierra si lo desea, escurrirla entre sus manos y apagar el Sol con el zumo de la vida.

Me sentía eufórica, como si en lugar de hablar con un desconocido me encontrara en las faldas del Olimpo charlando con un Titán, al acecho de un dios descuidado.

–Podría. Pero me quedaría sin clientela. ¿Usted no se llamará por casualidad Margarita o Helena?

–No. Louise. A la francesa. Puro esnobismo de artista emergente sin reconocimiento.

–Le aconsejo que se busque una escuela o se la invente. Si consigue convencer a un marchante, tiene la mitad del éxito asegurado. Los genios individuales

se acabaron con Van Gogh. Él fue la prueba evidente de que no funcionan en la sociedad de mercado. A partir de él, los artistas empezaron a inventarse ismos. Si me permite una sugerencia, le daré un nombre para una escuela moderna: “los Apóstoles del Apocalipsis”. Ni siquiera necesita saber pintar. Sería algo así como el *Bad Painting* combinado con las instalaciones y el performance. Haga lo que se le ocurra, y diga que es obra de una “Apóstol del Apocalipsis”. Y cuando le pregunten que quiénes son los “Apóstoles del Apocalipsis”, invente una mandanga, que han surgido de las ruinas de Dresde, o de las catacumbas de Roma o de una mezquita de Móstar. Pero no mencione a España, nadie creería que ha surgido de aquí una escuela original.

–Usted no cree en el arte emergente, me parece
–dije.

–No existe tal arte emergente. No ha emergido

todavía nada del naufragio del arte en el siglo XX.

–Tengo sed. ¿Por qué no nos tomamos algo, señor Mefistófeles?

–No puedo. Tengo que aparecerme en el sueño de un cura con fantasías eróticas.

–¿Homosexual?

–Nada de eso. Es un tipo torturado por el deseo, que necesita ayuda. El celibato y todo eso... Es una persona acostumbrada al cálculo y al fingimiento. Aunque ambas cosas las hace muy mal y se le nota. Una fuerza interior se rebela en él, y me estoy aprovechando de ella.

–No le creo a usted capaz... ¿De verdad que no tiene un rato para tomarse un refresco o alcohol de noventa grados, si le viene mejor?

–Bueno... –concedió como si le costara renunciar a un trozo del Infierno.

Encontramos una mesa libre, un golpe de fortuna, porque el local estaba a reventar, pero se vaciaron varias a la vez, por lo que ni siquiera tuvimos que aguardar turno.

–Discúlpeme. Voy al servicio. En realidad no va Lucifer, sino Segismundo. Soy un caso perdido de esquizofrenia prostática.

–No tarde. Me muero de ganas por saber más cosas de ese cura que sueña con usted...

No habían pasado muchos segundos, cuando me sobresaltó una voz:

–¡Demonios!

Era Demillur. Estaba mi lado, en pie, cruzados los brazos en su busto romano, dejando caer su mirada imperial sobre mí como una lluvia que humedeciera un triste Parnaso, o sea, yo.

–¿Qué haces aquí?

–Pues me parece que lo mismo que tú, dando cuartelillo al insomnio.

–¿Puedo sentarme?

–Naturalmente. Aunque no te sorprendas si ves aparecer al mismísimo diablo. Ha ido a orinar.

No debió de tomarme en serio, porque enseguida de acomodarse y frotarse la nariz me dijo que tenía una propuesta que hacerme y que me la iba a hacer ya.

Le interrumpió el camarero. Pedimos refrescos.

–Me gustaría que trabajaras para mí. Necesito alguien que me ayude con mis encargos. Si tienes una buena formación técnica, no te costará trabajo. Si no, te enseñaré todo lo que a mí me han enseñado otros profesionales.

–¿Artistas?

–¡Qué mas da! Buonarroto y Rubens trabajaban

por encargo. Si alguien les hubiera preguntado si eran artesanos o artistas no le habrían entendido. Entonces era lo mismo. Y si entonces era lo mismo, no tiene por qué establecer categorías y diferencias ahora. En cuanto vea que puedo confiar en ti, te pagaré bien. Podrás dejar incluso su trabajo en el restaurante, si quieres... ¿Te interesa? –No me dejó contestar–. Piénsatelo y llámame mañana.

Llegó el camarero con los refrescos. Hice algunas preguntas técnicas a Demillur sobre el trabajo que me ofrecía. Pasó una cumplida media hora. Entonces me di cuenta de que Mefistófeles se había evaporado.

Al salir del VIPs, me detuve en la estantería de libros rebajados y le enseñé a Demillur *La Falacia Emergente*. Me dijo que no conocía ni el ensayo ni al autor. Pero me lo regaló.

Me acompañó andando hasta mi casa, y luego

tomó un taxi para volver a la suya. Al despedirse me dio una explicación rápida del origen de su proposición de emplearme como ayudante. Le acababan de encargar una magna exposición sobre el Apocalipsis, *su* Apocalipsis, que se iba a titular *In Apocalipsin XXI*. Una institución financiera estaba interesada en ella, algo absurdo; pero más inconcebible era que entidades capitalistas se pusieran en ridículo ensuciando de graffiti los muros de sus salones, o llenándolos de pedruscos o de montañas de arena con etiqueta de arte. Por eso había estado cenando con Virginia. Bueno, por eso, no. Pero el caso es que le había sondeado al respecto. Estaba entusiasmado. Y a la vez, asustado, porque al parecer la exposición tenía que celebrarse al cabo de seis meses. Y había que hacer un catálogo, y un esquema expositivo, porque Demillur no se fiaba ni de comisarios ni de diseñadores de interior (él era uno de los mejores, coño). Mucha faena. Necesariamente iba

a descuidar su trabajo venal, y necesitaba a un profesional.

—Pero, ¿tú cómo sabes que yo soy la profesional que necesitas?

—Dame la oportunidad de equivocarme, niña. Sé cuándo algo va a salir bien y cuándo va a salir mal. Y tú me pareces una tía buena. —Se inclinó sobre mí y depositó un beso en mis labios. Enseguida se incorporó, porque debió ver con el rabillo del ojo un taxi. Lo paró. Antes de subir en él, me dijo.

—El día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrazados, se disolverán y la tierra y cuanto hay en ella se consumirá.

Más tarde me diría que no era del *Apocalipsis* de San Juan, sino de la *Segunda Epístola* de San Pedro. A mí me daba igual, incluso me importaba un rábano.

La confesión de Virginia

Virginia tardó unos días en darse cuenta del equívoco que había creado en Demillur. El caso es que la primera información que me dio de su cena con él me sonó rara. No fue hasta que mi hermano me pidió concertar una cita con el Maestro de diseñadores de interior (enfaticó lo de *maestro*), cuando sospeché que las dos exposiciones se habían confundido irremediabilmente.

Que la confusión era irremediable me lo confirmó Virginia.

–Demillur me ha pedido que pose para su cuadro de *La Gran Ramera*. Bueno, de hecho llevo dos días posando. Pero yo creo que no es por mí, sino por la exposición.

–¿Qué exposición?

–No estoy segura, ¿sabes?

Virginia hizo un gesto tan ambiguo como su respuesta. Mi cuñada era una asidua practicante de la ambigüedad como instrumento de indiferencia y defensa, de seducción y ataque, y también como eficaz vía de escape. Para hacerlo, utilizaba los recursos de su cuerpo.

Era una mujer delgada, por encima de la estatura media de las españolas, de piel muy blanca, de cabellera negra y lisa, de pupilas selváticas con grandes pestañas de muñeca que tropezaban con la montura de sus gafas geométricas y estrechas, nariz fina, labios delgados y orejitas casi transparentes. Además, un visible vello en los brazos añadía morbo a su cuerpo.

No me cuesta trabajo describirla porque me la fui aprendiendo durante el tiempo que estuvo en la biblioteca. El caso es que yo la miraba de soslayo *interior*, sin darme cuenta de que lo hacía. Cuando se

convirtió para mí en motivo de pecado (de deseo, no de obra) ya era demasiado tarde, me conocía de memoria hasta las arrugas de su entrecejo.

El caso es que, sin proponérselo, el hábito de la ambigüedad se transformaba en ambages de su cara, en pequeñas contorsiones, en sonrisas, y en todas esas posturitas que vuelven locos a algunos hombres. A mí, también. Aunque la diferencia es que yo era consciente de su teatro y, en apariencia, no manifestaba su efecto. Yo era duro. Yo era un cura. Yo resistía automáticamente las asechanzas de la carne. Hay que decir, a todo esto, que Virginia jamás se me insinuó más allá de sus retorcimientos ambiguos. Luego supe que mi hermano era celoso, y que los equívocos guiños de su mujer le sacaban de quicio.

—A ver, ¿tú que le contaste a Demillur?

—Lo que me dijo Santi.

Santi era su marido y mi hermano.

–¿Y qué te dijo Santi?

–Que sondeara a Demillur, sobre una exposición de su obra.

–¿Qué obra? ¿El *Apocalipsis* o las *Píldoras de felicidad*?

–Es lo mismo. Su obra es su obra.

–Vale. Veámoslo de otra manera. Él, ¿qué obra está preparando para la exposición? ¿El cuadro para el que tú posas, por ejemplo?

–Toma, claro.

–Virginia, si yo fuera mi hermano, ahora mismo pediría el divorcio.

–Eres un cura perverso, ¿eh, López?

–Tienes que pensar en una forma de enderezar este entuerto, Virginia.

Durante unos largos segundos se concentró en una ficha que estaba rellenando. Luego, sin levantar la vista del papel, murmuró:

–Menudo lío. Menudo lío en el que he metido a Santi y a Demillur. –Y levantó sus ojos, brillantes de codicia y vanidad–. Pero yo voy a salir en uno de sus cuadros. Seré inmortal.

–Pero, ¡cómo eres tan atrevida y tan ignorante!
–exclamé enfadado.

–Chantajearé a Santi. Le diré que Demillur me está pintando desnuda y con mi propia cara en *La Gran Ramera*. Le diré que si no organiza la exposición del Apocalipsis, todo el mundo verá ese cuadro.

–No te entiendo.

–No me digas que no sabes que tu hermano es un celoso patológico.

–¿Lo es? –dije con la voz quebrada.

–No veas tú...

–Pero estás loca. Demillur pinta para exponer. Nada ni nadie impedirá que exhiba ese cuadro, uno de los mejores, según él.

–Según él y según todo el mundo cuando lo vea. La figura que sale no se parece nada a mí. Y además, está envuelta en un velo rojo y amarillo.

–¿Rojo y amarillo?

–Sí. Sólo sobresale un pecho, descomunal, de pezón ancho. Y yo tengo las tetas normalitas y de pezón pequeñito.

–Pero eso ¿quién lo sabe, excepto Santi? ¿No te das cuenta del daño que le vas a hacer?

A mí también me lo estaba haciendo. Y de qué manera.

–Y el daño que yo estoy sufriendo, ¿qué? –dijo

desafiante—. ¡Yo quiero tener un hijo! ¡Y él me lo niega! ¿Sabes que a veces tengo que reprimir el arrebató de ofrecerme a Demillur?

—¿Para tener un hijo? —pregunté horrorizado.

—No podría ser. Tengo un diu. Solo por perversidad.

De pronto, me acometió un mareo inexplicable y un pitido fuerte sonó en mi oído. Sentí una opresión en el pecho. Me entró una taquicardia y me puse a sudar.

Virginia se había puesto de espaldas a mí, avergonzada. Así que no advertió los síntomas de mi súbito malestar. Tomé aire, conservándolo en el pecho. Así varias veces, hasta que pude controlar el ataque de ansiedad que estaba padeciendo. Para acabar de recuperarme, me dirigí al aseo.

Al abandonar yo la biblioteca, Virginia seguía

de espaldas y se había puesto a hablar de nuevo. Mi estado de agitación me impedía hacer caso a sus palabras. Decía algo sobre su límite de resistencia, sobre amor, sobre maternidad, sobre un aborto. Me pareció, mientras me alejaba hacia el baño, que hablaba algo de sexo, o que mencionaba la palabra sexo. Eso me provocó una inesperada erección que aplaqué metiendo la cabeza bajo el chorro del agua del lavabo. Me sequé, pero el deseo erótico parecía haberse apoderado de mí de un modo incontrolable. Pensé, “Que sea lo que Dios quiera”. Y encomendado a su infinita misericordia regresé a la biblioteca dispuesto a dejarle claro a Virginia que o se acostaba conmigo en ese instante o no volveríamos a vernos jamás, al menos, solos.

Virginia seguía de espaldas y hablando. Sus palabras me paralizaron.

–Si tú no me ayudas, me convertiré en la

amante de Demillur. ¡Qué estupidez! No en *la* amante de Demillur, sino en *una* amante más. ¿No ves en qué estado me encuentro? Estoy a punto de transformarme en la Gran Ramera. Ayúdame, López. Ayúdame. Dame la absolución. Estoy confesándome, ¿sabes? Imponme una penitencia. Si es preciso dejaré de ir al estudio de Demillur...

En ese instante se volvió hacia mí, sin advertir que había estado ausente. Mi propia reacción me cogió por sorpresa.

—¿Le amas? —A ella también le cogió por sorpresa, a juzgar por la cara que puso—. A

—¿Yo? No. ¡Qué cosas tienes, López! Te estoy hablando de frustración, de rabia.

—De sexo —dije yo con voz de cura carca.

—¿De sexo? ¿Quién ha hablado de sexo? Oye, si no me quieres absolver, no me absuelvas. — Y luego,

cambiando a un tono más humilde-, Vale, perdona.
Una mujer no se puede confesar con su cuñado,
aunque sea cura.

Demillur desaparece

Al cabo de una semana en el estudio de Demillur, me hice con el trabajo. Me dediqué en cuerpo y alma a él. La semana siguiente empecé a sentirme segura. De pronto, ocurrió algo extraordinario.

La morena de las gafas, una tal Virginia, venía de vez en cuando, subía al piso de pintura sacra y se quedaba en él un par de horas. Desde abajo, yo les oía hablar, muy poco, la verdad. Murmullo de palabras era el único sonido que procedía de lo alto. Por algunas que escuché bien, deduje que estaba posando para Demillur. Me dio rabia que Demillur no me hubiera propuesto a mí posar. Mi cuerpo era casi escultural. Era más joven que la modelo, y también más guapa.

Al final de la escalera que conducía al estudio alto había un pequeño espejo con marco de cerámica

colgado de la pared. De vez en cuando yo dirigía hacia él miradas. En una ocasión vi pasar a Virginia. Se estaba arreglando el vestido. En otra ocasión, se lo estaba poniendo. O sea, que posaba desnuda. La ira se apoderó de mí. Me irritaba que aquella mujer se desnudara innecesariamente, porque la figura que Demillur plasmaba en el lienzo era irreconocible, casi informe. Era obvio que la estaba sacando de su imaginación. A no ser que la desnudez de aquella mujer estimulara la fantasía más tortuosa del artista, cosa que me parecía poco verosímil; como pintora sé que cuando se representan mundos interiores, los modelos salen de dentro y se huye de lo que los ojos ven.

Una tarde, mientras se marchaba, el móvil de Virginia maulló una melodía tonta desde el bolso. Lo sacó y se lo aplicó a una de sus orejitas. Al parecer, la llamada no le hizo gracia. Después de saludar

secamente, y escuchar a su interlocutor, dijo:

–No, todavía no... Ya se lo diré.... Mañana lo aclararé... El retrato está casi acabado.

¿Sería posible que Demillur estuviera haciendo un retrato de aquella mujer, un lienzo que yo no había visto, que me ocultaba? Me propuse averiguarlo. Pero no tuve la oportunidad de hacerlo, de subir al estudio a comprobar la información de la gafitas. Tampoco me atreví a preguntar sobre el asunto a mi jefe.

Al día siguiente, la modelo vino por la mañana. Vigilé con atención el espejo desde varios puntos de vista y vi con claridad que Virginia se desnudaba.

Al cabo de media hora de iniciada la sesión, sonó el timbre de la puerta. Escuché la voz de Demillur que me pedía abrir, y atender yo si era un cliente.

El visitante resultó ser un hombre de la edad de

Demillur. Preguntó por él. Obré como Demillur me había ordenado, pero no se trataba de un cliente.

–Soy Santiago Riosalido, el marido de Virginia.
¿Está ella aquí?

–En el estudio –y señalé hacia lo alto de la escalera.

–¿Puedo subir? – preguntó con voz insegura.

–Si es urgente...

Se irguió, y dijo con contundencia:

–Lo es.

Sin más dilaciones se dirigió a la escalera y en tres saltos se plantó en el piso de arriba.

Se quedó como clavado. Luego dio un paso hacia delante y me pareció escuchar algo así como “Vístete”. Quizá dijo “Miserable” o “Prepárate, que te vas a enterar”. Era mi imaginación la que escuchaba y veía una escena que yo había facilitado

conscientemente, porque podía haber impedido que aquel señor irrumpiera en el estudio sacro, de hecho, debía de haberlo impedido. Pero no lo había hecho. ¿De quién me estaba vengando, de ella o de él? Me alegraba y me avergonzaba a la vez.

Me invadió una vergüenza asfixiante, y salí al balcón buscando aire. Si hubiera podido, me habría tirado en paracaídas al jardín.

Escuché un ruido a mi espalda y me volví al interior de la casa. Era el recién llegado bajando por la escalera de caracol con la cara demudada. Me miró con ojos vidriosos, probablemente sin verme, y desapareció hacia la salida.

Al cabo de unos minutos, los que empleó en vestirse, imagino, descendió Virginia y se marchó sin saludarme.

Tras un cuarto de hora, apareció Demillur con muy mal aspecto. Bajó las escaleras como si su

cuerpo estuviera sujeto por una especie de goma elástica al estudio, y me dijo.

–Por favor, Louise, ¿puedes recoger y limpiar los pinceles? Tengo que hacer algo urgente.

Se marchó a la calle sin lavarse las manos, que llevaba manchadas de pintura.

Durante un rato permanecí inmóvil, como si alguien me hubiera echado un conjuro. Por fin me decidí a subir. Lo hice sugestionada por la idea de que arriba iba a encontrarme con una catástrofe. Pero todo estaba en orden.

El lienzo de “La Gran Ramera” estaba en su caballete, debajo del lucernario. La figura atravesada en él podía ser una mujer o un hombre envuelto en un extraño velo a medias rojo, a medias amarillo. La única referencia al sexo de la figura era un pecho sobresaliendo el velo, pero también podía ser el de un transexual algo *freaky*. Tomé los pinceles y los metí

en aguarrás. Luego los limpié con un jabón casero hecho a base de aceite rancio de cocina, que había traído del restaurante, y sosa cáustica. Los escurrí uno a uno con los dedos, y los coloqué en tarros, con los pelos hacia arriba. Mientras trabajaba, de la pila a la mesa, de la mesa a los estantes, iba echando ojeadas a los rincones del estudio. Uno de los tarros para pinceles estaba en el quicio de una ventana medio tapada, se diría que adrede, por un lienzo cubierto. No pude resistir la curiosidad y levanté un pico de la tela.

A primera vista, no era un trabajo de Demillur. Ni era su estilo ni su forma de componer. Las figuras eran casi naturalistas. Pero había algo en el lienzo que llevaba su impronta. Al formularse esta intuición, se iluminó una parte de mi cerebro, pero con una luz tan tibia que no podía leer con claridad el mensaje que el cuadro me estaba enviando. Sólo que había algo muy familiar en él. A esta penumbra de mi conciencia se

añadía que el cuadro estaba a contraluz.

Todo esto me impulsó a levantar un poco más la tela y descubrir el lienzo. No era el lienzo secreto.

“Arcadia”, susurró mi cerebro reptil. Y enseguida, el otro cerebro: “Et in arcadia ego”. Era una versión, casi una copia de la segunda *Arcadia* de Nicolás Poussin. Mi memoria conservaba las huellas de cierta lectura de Erwin Panofski, hecha en la facultad de Bellas Artes, en las que interpreta el significado de una serie de cuadros renacentistas y barrocos. Intenté recordar con más precisión, pero no llegué a ningún sitio. Estaba perdiendo el tiempo ante aquel lienzo de colores más bien apagados. Apagados porque hace referencia a la muerte. No exactamente a la muerte, sino a la inevitabilidad de la muerte. Unos pastores de Arcadia, paraíso de una minoría privilegiada, descubren una tumba, y leen la inscripción “Et in Arcadia ego”, que no significa nada

concreto, que hay que interpretar, como se ha hecho sucesivamente a lo largo de la historia, desde que Virgilio la hizo aparecer en sus Églogas... Demonios, mi memoria funcionaba. Estaba tan absorta en recuperar sus briznas que ni siquiera veía el cuadro, aunque lo estaba mirando. Según los pesimistas, la inscripción que desconcierta a los pastores, les recuerda algo ominoso, que la muerte llega también a Arcadia. Según los optimistas, sólo les hace reflexionar sobre lo contingente de la vida. No, no era contingente, era otra cosa. La vida era frágil, fugaz, inconsistente. Eso era. La vida es inconsistente. ¿Contingente o inconsistente? Solté la tela que mantenía alzada con una mano y me fui a buscar un diccionario que Demillur tenía en la estantería de libretos de arte. Contingente es que puede o no puede suceder. No era eso. La vida está sucediendo siempre. Quizá mi memoria había querido decir aleatoria. Inconsistente es que carece de consistencia, solidez o

firmeza. Sí, eso sí es una característica de la vida... De nuevo tuve la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. Aunque en el fondo, lo que me producía una angustia sorda era la responsabilidad que yo había tenido en el follón, al dejar subir al marido de la modelo de Demillur. Entonces me acordé de que el cuadro de Poussin no es en absoluto de colores apagados, sino bien luminoso, porque los tres pastores descubren la tumba a mediodía; no a mediodía, no; al atardecer, todavía con el sol alto, porque las sombras no son largas. A los tres pastores acompaña una mujer. Pero una mujer vestida. Y en la versión de Demillur o de quien fuera el autor, aquella mujer estaba casi desnuda.

Me fui derecha hacia el interruptor de la luz, y encendí todas las del estudio. Luego, con paso resuelto, como si fuera a invadir la escena de un crimen con autoridad policial, me dirigí al cuadro

tapado, lo descubrí y me quedé paralizada.

Tres pastores y una mujer que no es una pastora. Que es el Destino.

Y la cara de esa mujer era la mía. Sí había un cuadro secreto.

El orgullo y el amor

La ambigüedad de una mujer no siempre provoca una desgracia, me dije. E intenté mantenerme al margen de un asunto en el que yo no tenía ninguna participación.

Una mañana que Virginia no había acudido a la biblioteca, llamó Santi preguntando por ella.

–Todavía no ha llegado –le dije a mi hermano, aunque pasaban de las doce.

–¿Sabes dónde puede estar?

–La verdad es que no –contesté, la cabeza llena de malos presagios.

–Pero, ¿a ti no te ha avisado de que no iba a ir a la biblioteca?

–No.

–¿No estará en el estudio de Demillur?

–Es posible –admití de un modo vago, aunque

estaba seguro de que se encontraba allí—. En cuanto llegue, le diré que te llame.

—Estoy en Barcelona.

—Bien. Que te llame al móvil, ¿no?

Yo intentaba parecer ingenuo. Pero estaba muy claro que ese “estoy en Barcelona” implicaba que de haberse encontrado aquí, Santi no habría perdido ni un minuto en plantarse en el estudio de Demillur. Me turbó reconocer que mi hermano era celoso. Sin embargo lo que más me atormentaba era mi propia indignidad, mi deseo libidinoso hacia Virginia que no había disminuido ni un ápice, solamente se había congelado a la espera de una oportunidad. Y esa oportunidad podía malograrse si yo me entrometía en aquel equívoco de la exposición.

Entonces comprendí que no podía evitarlo. Estaba obligado a intervenir antes de que aquello se convirtiera en un conflicto entre mi hermano, mi

cuñada y un buen amigo mío. Pensé durante unos instantes lo que podía hacer sin transformar mi implicación en el cuarto elemento en discordia. Que fuera lo que Dios quisiera.

Resolví telefonar a Demillur, con la excusa de que necesitaba unas precisiones suyas sobre el Apocalipsis, en el que él era más experto que yo. Me cité con él para esa tarde.

Después de intercambiar algunas vaguedades sobre el Apocalipsis, nos quedamos los dos sin nada que decir.

De lo más profundo de mi interior, surgió una pregunta.

–¿Qué tal *La Gran Ramera*?

–No estoy satisfecho... Además, estoy hecho un lío con los colores del velo.

–Rojo y amarillo.

–¿Te lo ha dicho Virginia?

–Sí.

–¿Y te ha contado también la naturaleza de mis dudas?

–No.

–El rojo y el amarillo son los colores de la bandera española... Te juro que no lo he hecho a propósito. Me salieron así. Pero de pronto me he puesto a pensar si no es una alegoría, si no es una señal, también.

–Una señal, ¿de qué?

–No sé. De una catástrofe.

–¿Lo dices en serio?

–Totalmente. Mira lo que está pasando.

–¿Qué está pasando? –pregunté.

–Nada, nada –contestó—. Es que últimamente

oigo demasiado la radio... Además, esa jodida de Virginia... bueno, disculpa, es tu cuñada... Pero es una verdadera provocación. No sé cómo será en tu biblioteca. Pero en mi estudio es... si no termino pronto, me la acabaré tirando. Y me parece una imprudencia.

—¿Una imprudencia?

—Sí. Porque si se enterara su marido, se iría al carajo la exposición.

—Su marido sabe que Virginia es una provocadora.

—¿Y le da igual?

—¿Sabes que me estás haciendo un favor con Virginia?

—¡Ah, sí! ¿Por qué?

—Imagínatelo. Soy un cura. Pero también soy un hombre.

–Menudo descubrimiento. Mira, ¿por qué no la despedimos los dos a la vez?

–¿Y yo qué le digo a mi hermano? ¿Que si no dejo de verla me la voy a follar?

–Yo se lo diría.

–Y ella, ¿qué te ha dicho de la exposición? – pregunté intentando dirigir la conversación a donde era mi deber llevarla.

–Nada. Que se pondrán en contacto conmigo.

–¿Quiénes?

–Los del banco. Yo tengo todo el material preparado. Sólo me falta acabar la jodida *Gran Ramera*. –Hizo una mueca de fastidio–. ¡Qué tontería hice al sugerirle a Virginia que posara!

–Ella sabe que fue por complacerla, en agradecimiento a la exposición.

–Pero, ¿qué quiere? ¿Qué me la folle? –gritó,

indignado.

Estábamos en una cafetería y algunas cabezas se volvieron.

–Supongo que sí.

–Mira. Mañana mismo le digo que esto se ha acabado. Que se meta la exposición en el culo.

Sabía que no lo decía en serio. Seguí un poco su juego del ultimátum.

–Hablaré con ella.

–No. No lo hagas. A ver si te vas a meter tú en un lío por mi culpa.

–¿Por qué lo dices? Soy una persona neutral.

–Solo el hermano del que me va a montar la exposición y el cuñado de la “Gran Ramera” –ironizó.

–La prosperidad de mi hermano, me la debe a mí... Y montar una exposición no es poner un puesto en el Rastro...

No sabía por dónde seguir. Sacarle del equívoco le iba a hacer un daño incalculable. De pronto me dejé llevar por una fantasía infantil: todavía podía arreglar aquello, Demillur podría tener su exposición.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó inquieto.

—Que yo soy el que manda. El dinero sigue siendo mío. Supongo que tendré alguna influencia...

—¿Para qué?

—Para lo de la exposición...

—¡Ah!

Demillur se estaba engañando a sí mismo. Era imposible que no hubiera detectado que había un problema en aquel endiablado asunto. Pero no quería ser yo quien se lo descubriera, me resultaba demasiado doloroso. Necesitaba que él me fuera sacando la verdad, que la pusiera él solito delante de su cara: no le iban a exponer su *Apocalipsis*, sino sus

Píldoras de Felicidad. Se iba a llamar así.

—¡Oye, Paco! Cuando te hiciste cura, ¿sabías que ya no podrías follar a gusto durante el resto de tu vida?

—¿Te refieres al celibato?

—No. Me refiero a follar. ¿Serías capaz de acostarte con tu cuñada?

—Ese dilema me hace sufrir mucho últimamente.

—¿Y tú por qué te hiciste cura, macho?

Pensé, por amor a Dios. Pero no lo dije. Me callé, no porque el argumento sonara a tópico, sino porque dudé de mi sinceridad. Me callé por miedo a pronunciar un sacrilegio.

De pronto me acordé de Manolita.

A los seculares les preocupa mucho la salud sexual de los curas. Es natural. Fue una de las causas

de la rebelión protestante, el absurdo de renunciar a la mujer. La sucia conciencia de Lutero concluyó que el celibato indiscriminado era una insensatez, y en el caso de las jerarquías eclesiásticas, una hipocresía. Que San Ignacio, que Santa Teresa, que unos cuantos seres excepcionales transitaran por el mundo sin relaciones carnales era la mejor prueba de que convertir la excepción en regla era algo catastrófico. Pero los jefes de Roma temían que la Iglesia no sobreviviera si se eliminaba el celibato. Era más peligroso el sexo que el fanatismo de un agustino cargado de razón. La amenaza vulgar siempre es más peligrosa que la sofisticada. En realidad, Roma no le tenía miedo al sexo. Miedo al sexo se lo tenía el neurótico de Lutero, y creyó que la forma de neutralizarlo era ofrecérselo legalmente a los curas, monjas y frailes. Lo que temía Roma, y sigue temiendo, es el resultado natural del sexo, aquel por el que la Naturaleza lo inventó: la reproducción, los

hijos. ¿Cuánto iba a durar una Iglesia en la que todos los curas podrían tener descendencia? El patrimonio se disgregaría. Y, ¿qué es una institución sin patrimonio? Un club de amigos.

Sin embargo, yo me había hecho cura consciente de este asunto, al que le había dado muchas vueltas. Y me hice cura por amor a Dios. Y por el amor de Dios hacia los hombres.

¿Cómo iba yo a explicarle a Demillur esto? ¿Cómo iba a explicar a un ser obsesionado por el Apocalipsis que Dios es Amor? Nunca me ha interesado el Apocalipsis. Al contrario, me ha parecido una de los peores argumentos de la religión cristiana. Tiene que ver más con el pesimismo protestante que con el catolicismo romano, que puede que sea escandaloso, pero es optimista.

Este curso laberíntico de ideas es el que me condujo a Manolita.

Llevaba ya dos años de cura cuando se me echó encima Manolita. Manolita era una mujer algo más joven que yo, vitalista hasta el exceso, que se acababa de quedar viuda. Era también astuta. Me hizo creer que me acosté con ella por piedad, como si haciéndolo yo, le evitara caer en brazos de algún desaprensivo. El erotismo se basa en los trucos, algunos de ellos muy burdos. El deseo sexual es capaz de comulgar con una rueda de molino. Manolita pretendió ser mi rueda de molino.

Pero su astucia superó a cuanto yo pude imaginar. Su desnudo final fue estruendoso, algo antinatural, porque los buenos desnudos son los discretos. Al final resultó que lo que pretendía era que yo me casara con ella.

Me habría gustado contarle esta historia de Manolita a Demillur. Pero algo paralizaba mi lengua. Lo mismo que cuando mantuve aquella conversación

mental con Virginia. ¿Por qué? ¿Qué me pasaba?

Si él me hubiera preguntado, le habría abierto mi corazón, como suele decirse. Pero mi corazón se conservaba desde hacía tiempo en una caja fuerte.

A quien sí se la conté fue a aquel buen cura de mi adolescencia. Era obispo auxiliar en una diócesis mediterránea. Me dijo que ahora me tocaba sufrir. No por penitencia, aclaró, sino porque para llegar a la felicidad hay que atravesar el territorio de la tribulación. “Si quieres, te recomiendo un terapeuta”, añadió, “pero la meditación y la confesión lo curan todo.” Me preguntó si me sentía a gusto con mi vida sacerdotal. Le dije que sí. “Pues ten cuidado, que la satisfacción lleva al orgullo. Y el orgullo es el antídoto del amor.”

Hasta que no se cruzó en mi camino mi cuñada Virginia, no entendí lo que aquel buen cura había querido decir.

El día que mi hermano me presentó a Virginia tuve el presentimiento de que debajo de la hermosa piel blanca de aquella mujer había entrañas de culebra. La imaginé debajo del pie de una Virgen de Murillo. Procuré distanciarme de ella. Al hacerlo también me distanciaba de mi hermano, y esto era más doloroso. Sobre todo porque me daba cuenta de que le estaba dejando solo a merced de la bicha.

Poco a poco, de un modo tan sutil que no admitía reproche, Virginia empezó a tentarme a mí también. Sólo al principio, con la sorpresa y el susto, fui consciente de la psicología desequilibrada de Virginia. Luego, me dio igual. Me sentía invulnerable. Nunca ninguna mujer me había seducido.

Lo único que me hizo dudar fueron sus protestas de maternidad frustrada. Pero una mujer puede desear ser madre también por puro egoísmo, aunque sea legítimo. Quizá Virginia buscaba un seguro

para no volver a la peluquería.

Lo que más me molestaba era desecharla con aquella vehemencia. La deseaba y la despreciaba a la vez. Pero me mantenía íntegro, dueño de mis actos, aparentemente incólume a sus provocaciones. El amor se había evaporado.

Y cuando yo estaba a punto de humillar mi orgullo, Virginia dio mi caso por cerrado, y se dedicó a Demillur.

Al reflexionar sobre estas cosas, descubro su alto contenido melodramático. Pero el sustrato de la vida, ese humus feraz en el que crece y del que se alimenta es puro melodramatismo, aunque a veces se vista de etiqueta o se ponga un vestido épico.

Entonces fue cuando me vino a la cabeza la idea más absurda que haya habitado en ella. Apelar al demonio. Hablar con Mefistófeles.

Louise hace un retrato

La noche del día que descubrí mi cara en Arcadia dormí a rachas y tuve pesadillas. En una de ellas, mi madre salía del sarcófago de piedra de Poussin, haciendo huir a los pastores, y llenándome a mí de pesar, porque me había quedado sola con una muerta. Le intentaba hacer comprender a mi madre que la razón estaba de mi parte, y que la muerte era algo muy contingente. Ella se lamentaba de que me pasara la vida haciendo y diciendo majaderías. Yo me avergonzaba muchísimo por haber empleado una palabra incorrecta, pero no encontraba la adecuada. “¿Qué es la muerte, anda, dilo otra vez, qué es la muerte, so pedante? Que no tienes ni idea. La cabeza a pájaros. Eso es lo que tienes en lugar de sexo.” “Si haces caso a tu madre, te hundes, Louise.” Era Segismundo Bombardier, que volvía del lavabo del VIPs con un largísimo pene enroscado en torno a su

cuerpo, peludo y a la vez lleno de escamas. “No me vas a engañar. Tú eres el demonio.” “¿Yo? Yo soy Mefistófeles. Y tengo mucha prisa. Me voy a asistir a un pobre cura erotizado por su cuñada.”

Al entrar en el bajo del estudio de Demillur tuve la sensación de que tardaría en volverle a ver. Había recogido algunas cosas. Fue lo primero que noté. Luego me topé con una nota escrita en elegante cursiva de pintor modernista, clavada con una larga chincheta a la barandilla de la escalera de caracol.

Mira, tengo que serte sincero. No sé cuándo volveré. Pasado mañana o dentro de seis meses. Te confío la finalización de los encargos pendientes. Cóbralos y quédate con la parte que te corresponde, más un treinta y tres por ciento de bonificación, por las molestias. Si quieres tomar más encargos, hazlo. Aunque los tendrás que completar tú sola. Creo que estás capacitada para hacerlo. Si tuviera alguna idea

de lo que va a ser de mí en los próximos tiempos, te prevendría. Pero es improbable. Igual me jubilo. Igual me suicido. Lo siento. No puedo darte ninguna explicación más porque ni siquiera yo me explico qué coño está pasando. Te aconsejo que aguantes ahí lo que puedas. Es decir, lo que yo no puedo hacer. No sé cuándo, pero tendrás noticias mías. Un beso. Demillur.

Así que me daba un beso y el treinta y tres por ciento de los beneficios.

Doblé la nota y la puse en el alféizar de la ventana. Me quedé mirando durante un rato el jardín municipal, sin verlo. Tenía la mente en blanco. De pronto, se adueñó de mí un gran aturdimiento y dolor de cabeza. Me eché en un canapé, y cerré los ojos. Debí de quedarme dormida, porque me desperté sobresaltada, incluso di un brinco. En los parietales sentía los mazazos del pulso. Unas imágenes fugaces

habían ilustrado mi sueño. Había una mujer que no era yo, pero sí lo era, andando a toda prisa por las calles rectilíneas de Nueva York, por los bulevares de París y por encima del muro lleno de imágenes de un Berlín extrañamente reunificado. Nunca he viajado a América, y no conozco Berlín, pero pasé unos meses en París con una beca. Cambiaba de ciudad a medida que alcanzaba una esquina y giraba en otra dirección. Pero no lo hacía espontáneamente, sino inducida por unas personas colocadas como de guardia en las vueltas de las calles. No eran unos cualquiera, sino artistas muertos hace tiempo, la flor y nata de la vanguardia europea.

Hasta que conocí a Demillur, mi idea de la vanguardia de los primeros treinta años del siglo XX era estética, académica y erudita. Me habían interesado en especial las obras de los dadaístas, pero de ellos apenas llegué a saber media docena de

anécdotas chabacanas o hagiográficas. Fue Demillur quien me incitó a conocerlos más y me aseguró que mientras no lo hiciera, no podría entender lo que fue la vanguardia europea. Me prestó libros que contaban las vidas de aquellas personas. Lo que más me sorprendió es que muy pocos habían disfrutado de cierta intimidad; la mayoría había llevado una vida pública tan intensa que únicamente habían estado solos mientras dormían, casi siempre acompañados y no de parejas estables. También me pasmó la precariedad de la existencia de algunos de ellos, que no tenía nada que ver con la bohemia de la generación de sus abuelos, sino con la dependencia, la servidumbre económica. Muy pocos se ganaron la vida con su obra, y solo cuando dejaron de profesar el dadaísmo o lo traicionaron. Pero ni siquiera entonces, porque los círculos sociales en los que discurrían sus vidas eran concéntricos y minoritarios. Daban la impresión de ser chicos y chicas (muy pocas, la

verdad) de buena familia que se resistieron todo lo posible a ser adultos, y solo llegaron a serlo a la fuerza, empujados por unas circunstancias terribles que removieron los cimientos de la sociedad europea, violencia social, una guerra arrasadora y una desconfianza estética que alimentó las generaciones sucesivas, incluida la mía.

Me di cuenta de que mi resistencia a crecer, mi determinación a permanecer en una adolescencia psicológica parecía una rama de aquel árbol de la vanguardia artística de una fertilidad asombrosa, porque cien años después continuaba dando frutos.

Insípidos, incoloros, huecos en su mayor parte, según Demillur. Pero al fin y al cabo frutos, replicaba yo, que me sentía emparentada con ellos, no su heredera, no tanto. Oye, ¿y por qué pintor español te sientes influida? Por ninguno. ¿Y eso cómo es? Porque no me interesan. Ya cambiarás de opinión, y

lamentarás haber sido una ignorante.

Los mazazos que estallaban en mis sienes se traducían en ensoñaciones dadaístas, máquinas absurdas removiendo mis entrañas, sopas de letras cegando mi visión, poemas simultáneos recitados en varias lenguas aturdiéndome. Si se hubiera presentado en ese instante Segismundo Bombardier, alias Mefistófeles, le habría ofrecido mi renuncia al arte a cambio de una curación súbita de mi dolor de cabeza.

En ese momento sonó el timbre de la calle. La invocación surtió efecto, porque las violentas pulsiones bajaron de intensidad en unos segundos.

—¿Quién es? —dije, ilusionada con que fuera Demillur.

—Soy Virginia. ¿Está Demillur?

—No —contesté con sequedad.

—Abre, por favor. Necesito recoger algo del

estudio.

Antes de que hubiera tenido tiempo de pensar qué debía revelar y qué ocultar a Virginia, ésta se plantó en la puerta de la vivienda.

Sin molestarse en saludarme, se encaminó a la escalera de caracol y empezó a escalarla con una resolución imparable. Eché a correr tras ella, y cuando llegué al estudio sacro la sorprendí retirando el lienzo de *La Gran Ramera* del caballete. El estudio se hallaba en penumbra, porque las persianas de las ventanas y el tragaluz estaban echadas, como si Demillur hubiera querido dejar constancia de su repentino duelo.

—¿Qué estás haciendo?

—Me llevo el cuadro.

Un estallido de cólera me puso en movimiento. De dos zancadas me situé a su lado, cogí la tela por

uno de los lados y tiré hacia mí.

—¡Suelta ahora mismo este cuadro!

—¡Es mío! — exclamó desconcertada.

—Si no lo sueltas, te cruzo la cara. De esta casa no sale ni un pincel sin permiso de Demillur.

Virginia liberó la garra con que oprimía el lienzo. Tuve la sensación, sin embargo, de que no lo hacía como reacción a mis palabras, sino por alguna otra razón desconocida. Mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra y distinguían los objetos con mayor claridad. Me di cuenta de que Virginia se había manchado los dedos. Y a la vez, noté que los míos en contacto con la pintura estaban pringosos. Demillur había estado retocando el cuadro posiblemente la noche anterior, hacía muy pocas horas para que el óleo hubiera empezado a secarse. Lo deposité en su sitio, y lo contemplé. Lo había cambiado por completo. Pero lo más sorprendente era

la figura de la ramera. Era una caricatura malintencionada y enérgica de Virginia, un desnudo deforme con gafas.

–¡Cabronazo! –escuché a mi espalda.

El grito de orgullo herido de Virginia me puso en guardia y pude impedir, retorciendo el cuerpo, que golpeará la tela con un pesado cenicero de cristal. Pero al desviar la mano de la loca, el cenicero me dio en un hombro, y el impulso y el dolor me derribaron al suelo.

Virginia se quedó paralizada unos segundos. Luego se inclinó sobre mí con cara de susto, pidiéndome perdón con una contrición que parecía espontánea. Me incorporé dolorida, pero sin ningún hueso roto.

–Se ha vengado de mí. Se ha vengado de mí.

–¿Por qué? – pregunté.

–Porque le he engañado. Pero lo hice para que no se sintiera mal. Lo hice para que no perdiera la ilusión.

–Pero, ¿tú no estás casada?

–¡No tiene nada que ver con eso! –dijo alterada; luego, se calmó–. Mi marido iba a organizar una exposición de sus trabajos de diseño de interiores y todo eso. Y yo le hice creer que la exposición sería del Apocalipsis. Y ahora me he quedado sin retrato...

Estaba verdaderamente abatida.

Entonces me fui hacia la ventana ante la cual estaba la tela de la Arcadia. Había desaparecido. Me consolé con la idea de que al menos a mí no me había destrozado. Habría dado el treinta y tres por ciento de los beneficios de Demillur por conocer qué le había inducido a retratarme, y si había algún propósito en aquella acción inexplicable.

Virginia me interpeló con una voz triste.

–¿Tú eras su amante?

Me volví.

–¿Por qué dices “eras”?

–¿Lo sigues siendo?

–¿Sabes dónde está Demillur?

–No tengo ni idea. ¿Te has acostado con él?

–Sí.

No tuve la sensación de mentir. En mi imaginación lo había hecho. Y quizá él también, si mi retrato semidesnudo podía interpretarse de esta manera.

–Yo también lo habría hecho. No habría tenido escrúpulos. Mi marido es ...

–¿Qué?

–Nada. Sí habría tenido escrúpulos. Pero me

jode tanto haberme quedado sin retrato. Me habría acostado con Demillur solo por eso.

–¿Por un retrato?

–Sí.

De pronto se me ocurrió una idea malévola.

–¿Te llevas mal con tu marido?

Se lo habría preguntado de un modo tan directo como el que ella había empleado, pero no quise ponerme a la altura de su zafiedad. Lo curioso es que Virginia no daba la impresión de ser una mujer vulgar. Quizá ni siquiera lo fuera. Me importaba un rábano.

–¿Quieres decir que si... bueno, que si follamos?

Respondí con un gesto.

–Sí, claro. Pero no se trata de follar. No se trata *solo* de follar. Yo lo que quiero es tener un hijo. Yo

solo quiero ser una mujer normal, tener una familia normal.

Virginia manifestó cierto nerviosismo al mencionar las deficiencias del sexo. Pero su declaración de intenciones la hizo con una calma y una sobriedad sobrecogedoras. De pronto pensé en mi madre. No, pensé en mí. ¿Que una mujer quiera tener un hijo es normal? Dudé antes de decirlo en voz alta. Temía que nos enredáramos en una discusión doctrinaria. La artista feminista y la mujer vulgar. Estaba segura de ganar, pero la idea de esta victoria no me producía satisfacción. Quizá porque temía que, en el fondo, la razón estuviera de su parte.

—¿Tiene una mujer que casarse para tener un hijo y sentirse normal?

—¿Es normal ganarse la vida en una peluquería? No lo sé, pero calculo que debe de haber tantas artistas como peluqueras. Pero las peluqueras son,

cómo lo diría, más convencionales, menos audaces.
Tú eres una mujer de varios hombres, ¿no?

–¿Yo?

Me produjo escándalo aquel comentario certero. De pronto sentí el deseo de ser la amante única y fiel de Demillur. Quizá lo habría sido si aquella *mujer normal* no le hubiera vuelto loco. La ocurrencia que me había tentado volvió a situarse en el centro de mi atención.

–Si quieres, yo puedo hacerte un retrato. Experimental...

–Experimental, ¿cómo? ¿Tú sabes pintar retratos? –dijo con algún recelo.

–No lo he practicado mucho. Pero con la ayuda de Photoshop y un bote de pintura, me comprometo a ello. ¿Eres alérgica a algo?

–No.

Me desvié a un estante oculto tras una sábana y cogí un vulgar bote de pintura plástica para paredes. Se lo enseñé.

–Esta pintura es especial. Se trata de embadurnarte el cuerpo y dejar tu huella sobre un lienzo. Luego, te hago una fotografía digital. La edito, la imprimo a tamaño natural y la coloco en la tela. Demillur tiene unas *repromasters* estupendas. Todo bien estudiado, bien medido. Te sorprenderá el resultado.

–Seguro que me sorprenderá. Y también me voy a poner perdida la ropa.

–Te la quitas.

–¡Ah, bueno!

–Luego, mientras te das una ducha, voy preparando el cuadro.

–¿Lo vas a terminar así, en un pis pas?

–Sólo el boceto. ¿Te interesa?

–¿Y si no me gusta?

–No te lo cobro.

Virginia se echó a reír. Yo lo había dicho en serio. Una prueba más del relativo valor del arte.

López atrapado en el cepo de la concupiscencia

La llamada telefónica de Demillur no me sorprendió. Esperaba impaciente el estallido de la catástrofe.

–Paco, me voy de viaje y necesito que me hagas un favor.

–¿Qué ha pasado? –No fui capaz de reprimir la ansiedad.

–¿Por qué no me advertiste, Paco?

–Porque creí que podría arreglarlo... Y porque no me atreví a desengañarte.

–Pues, muchas gracias. Pero, ahora estaría menos jodido. Y todo sería más fácil de arreglar.

–Perdóname. Soy un cobarde.

–Y yo también. Porque si fuera un valiente, le pegaría fuego a mi estudio para que ardiera todo lo

que hay dentro. Quiero que vayas allí y recojas el cuadro de *La Gran Ramera*. No te sorprendas cuando lo veas. Ese cuadro debe conservarse. Es lo mejor que he hecho en mi vida. Y en menos de una tarde. Pero si lo ve Virginia, igual lo destroza.

—¿Y cómo lo hago? ¿Qué le digo a tu empleada?

—Te dejaré las llaves y una nota de mi puño y letra.

Me dio la dirección de un bar de su barrio. No quería encontrarse conmigo en persona. Decía que si veía a un amigo, se derrumbaría y sería incapaz de llevar a cabo su plan: desaparecer por una temporada. Necesitaba estar solo, pensar y recuperarse. Se marchaba a Holanda, con su anciano maestro. Pero era imprescindible preservar sus cuadros apocalípticos. Si no se exponían antes de determinada fecha, ocurriría una catástrofe. Yo pensé que se refería

a una catástrofe personal. Pero me aclaró que era algo mucho más grave.

—¿Lo dices en serio o te estás burlando de mí y de ti mismo?

—No es una broma. Te lo aseguro. El Apocalipsis amenaza más que nunca a la Humanidad. Llevo treinta años intentando evitarlo. Llevo treinta años sufriendo por el jodido Apocalipsis y por la jodida Humanidad, para que mi trabajo se pierda por la ceguera de un banco o por la estupidez de un ejecutivo.

No tuve los arrestos de pedirle más explicaciones. Pero su voz no sonaba enajenada, sólo desesperada y triste.

Recogí las llaves y me fui para el estudio. El peso sobre mis espaldas de la responsabilidad de salvar el planeta me empezó a afectar. Poco a poco se fue apoderando de mí una pesadumbre opresiva. Era

consciente de un cambio brutal que, de momento, me afectaba exclusivamente a mí. Acababa de traspasar una frontera que dividía en dos mi vida. Detrás, una larga etapa de confusión que se me aparecía alegre, confiada, epicúrea, aunque no había sido así ni mucho menos. Por delante me amenazaba un futuro sin horizonte, de un gris parduzco. Nada iba a ser igual de ahora en adelante. A medida que me aproximaba al estudio de Demillur esta sensación iba llenando mi pecho, mis vísceras, mi cabeza, y se convertía en un lastre insoportable. La vida a mi alrededor se había convertido de súbito en una selva llena de fieras que podían atacarme en cualquier momento. Era como si hasta ese instante hubiera estado viviendo en el interior de un cuento de Jauja, el país donde todo es gratis, y de repente me hubieran echado de él y encima alguien me quisiera pasar factura de todo lo que había consumido de balde. Me detuve, y sentí que todas las miradas se posaban en mí y me obligaban a

seguir andando. Respiré a fondo y conseguí que la ansiedad no me dominara por completo. Intenté rezar, pero sólo se me ocurrían obscenidades sacrílegas. Maldije a Virginia, aunque era consciente de que ella no tenía mucho que ver con lo que me estaba pasando. La deseé más que nunca, y al tiempo era consciente de que sería una temeridad intentar hacer nada con ella en aquel momento.

“El buen sentido nos dice que las cosas de la tierra apenas existen, y que la verdadera realidad está en los sueños”. Estas palabras de Baudelaire azotaron como un látigo de púas mi conciencia. Me sentía atrapado en un paraíso artificial provocado por mi lujuria insatisfecha. ¿Durante cuánto tiempo había estado alimentando mi deseo de Virginia? ¿Cuántas fantasías había fabricado? Baudelaire me pareció un canalla. Habría vendido mi alma al diablo en ese instante por retroceder un año, a una etapa en la que

me había sentido dueño de mí mismo y feliz, en un monasterio al que había acudido a descansar. Los sueños y las ambiciones de cualquier clase me repugnaban y evocarlas me hacía daño. Sólo necesitaba un poco de normalidad, la que observaba en algunas personas indiferentes a mi sufrimiento. Yo necesitaba confundirme con la irresistible corriente de la rutina, y sin embargo, algo dentro de mí me había colocado en medio de aquel caudal de agradable mediocridad y me obligaba a resistir su fuerza inerte, me había transformado en un titán involuntario.

Al entrar en casa de Demillur me pareció que había alguien. Quizá hubiera cambiado de opinión a última hora. Eran voces femeninas, risas. Procedían del estudio superior. Pensé que debía anunciar mi presencia. Pero, en lugar de hacerlo, me puse a subir la escalera de caracol. A medida que ascendía, las risas se incrementaban. Por un instante me detuve. ¿Y si

volvía atrás? ¿Y si me marchaba de aquella casa y volvía más tarde, cuando me hubiera asegurado de que estaba vacía? Pero yo me había comprometido a rescatar un cuadro cuyo valor era inconmensurable. La salvación del mundo dependía de él.

“No puedes seguir pensando de esta manera, López”, me escuché murmurar.

Con precaución de malhechor intruso fui asomando la cabeza por encima del nivel del suelo. Una caja se interponía entre mis ojos y las risas. Ahora debo levantarme y dejarme ver; que sea lo que Dios quiera, pensé. Siguiendo la vuelta de la escalera de caracol, mi cuerpo se desvió de la posición en la que estaba al emerger. Entonces las vi, reflejadas en un espejo.

Eran dos mujeres embadurnadas de pinturas, desnudas y abrazadas en el suelo. Dos brujas. Se incorporaron, y una de ellas empezó a restregar la

espalda de la otra con las manos untadas de varios colores, convirtiéndola en un arco iris oleaginoso. La que era objeto del embadurnamiento se puso a amasar sus pechos en movimiento erótico, cubriéndose también de colores. Luego se tumbó bocarriba, y la que le había estado frotando la espalda se inclinó sobre ella, acariciándola por delante. No paraban de reír, incluso jadeaban.

Solo tenían embadurnados los torsos desnudos, que aparecían ante mí con un esplendor lúbrico. Me fijé en sus caras, y me quedé anonadado. Pero apenas fue un instante. De inmediato me excité como si me hubiera colado en un cabaret erótico. Eran Virginia y aquella empleada de Demillur, Louise, creía recordar que se llamaba. Retozaban con absoluta libertad y desvergüenza. Y yo había llegado en el momento justo de contemplar su explosión de lascivia, que llegó hasta mí sin que mi razón se preocupara de esquivarla.

Solo tenía que apoyarme en dos o tres escalones y dar un salto para unirme a la orgía. Sin embargo, algo me mantenía en aquella estúpida posición: la mitad inferior del cuerpo en el piso de abajo, la mitad superior en el de arriba. Estaba atrapado como un pecador confeso en un círculo pestilente del Infierno de Dante. Cada momento más excitado por la danza voluptuosa, más fascinado por aquellos cuerpos, vestidos sólo de churretes de colores, que se retorcían en el suelo, y dejaban en él la huella del erotismo en estado puro. Pero yo permanecía estupefacto, inmóvil, clavado en mi propia erección, a ese espacio indefinible que separa y une el techo y el suelo.

De pronto, una voz enérgica me sacó del encantamiento.

—¡Oiga! ¿Es usted Demillur?

Era un tipo trajeado y con barba que me hablaba desde la base de la escalera de caracol. Me

permití unos largos segundos de duda, antes de contestar. Por última vez contemplé los cuerpos femeninos abrazándose en lo que solo podría describir como un coito cromático, y al fin, descendí, en cierta forma aliviado porque el intruso me había liberado de un dilema que no habría podido resolver.

Al situarme frente a él, algo en su rostro me resultó extraordinariamente familiar. Pero a la vez estaba seguro de no haberle visto jamás. No era su rostro, no. Era algo así como su aliento, su porte aristocrático, de un clasicismo anacrónico.

–Entonces usted será el padre López.

Un escalofrío me sacudió el espinazo.

Louise se beneficia del poder de Mefistófeles

Cuando Virginia se había quitado la camisa y empezaba a desabotonar la falda, reflexioné con una frialdad ajena a mí sobre la broma con la que se me había ocurrido vengarme de ella. Me sorprendía, sin embargo, que hubiera mordido el anzuelo con tanta facilidad. Es posible que la vanidad le hubiera llevado a engañar a Demillur, pero yo no tenía derecho a castigarla. Y sin embargo, lo iba a hacer. De hecho estaba ya extendiendo en el suelo un gran lienzo sin bastidor donde se iba a llevar a cabo la expiación.

Virginia no había manifestado ningún gesto de duda mientras se quitaba toda la ropa. Iba a desprenderse de sus braguitas, de seda marrón, con dos volantes, que me recordaron a una reina zulú de raza blanca, pero le aconsejé que no lo hiciera para evitar que la pintura llegara a donde podía resultar irritante.

Yo me vestí una larga bata, pero no me cubría por completo. De manera que decidí quitarme también la ropa y los zapatos.

–Oye, ¿no me montarás un numerito de boyera?
–dijo Virginia.

–Si tú no quieres, no.

La verdad es que no sentía la menor excitación. Mi cabeza se había vuelto lúcida, el dolor había desaparecido sin dejar rastro. Una frialdad maquinaal dominaba mis nervios. En cierta forma no era yo la que estaba presente en mí misma. La creación artística ha estimulado siempre en mí una variedad de hormonas, incluida la de la libido. Yo no me creo esa historia de la sublimación del deseo por el arte. Lo que hace el arte es desviar, aplazar el deseo, pero no suprimirlo. Todo lo contrario. Siempre me han parecido una perversión o una fantasía de artista recalentado esos desnudos en posturas y situaciones

provocativas o dolorosas. Además, el sexo y el dolor no son una buena compañía, aunque se manifiesten con los mismos gemidos. Sin embargo, en ese instante, habría sido capaz de torturar a aquella estúpida de ojos verdes, si ella se hubiera dejado.

Era una mujer robusta y de huesos tan fuertes que armaban visiblemente su cuerpo nada delgado, pero con poca grasa. Tenía los pies y las manos anchas. Sus pechos se mantenían erguidos, quizá porque no eran grandes, de pezones diminutos. Y la verdad es que sus piernas estaban muy armoniosamente torneadas, con muy pocas grietas en los muslos y caderas; sus nalgas eran pequeñas y firmes. Daba la impresión de ser una joven a punto de subir al autobús de la madurez, en el que llevaba tiempo viajando.

Busqué unas bolsas de plástico y se las di para que se protegiera el cabello y las braguitas.

Primero embadurné su espalda de amarillo y la hice acostarse en la tela. Luego, limpié un poco su piel y distribuí sobre ella pintura de color magenta. Volví a echarla sobre el mismo lienzo, procurando que coincidieran las marcas del cuerpo. Luego, como la tela era enorme, le pedí que se pusiera pintura en el pecho y se tendiera boca abajo al lado de la impresión anterior.

Retiré la tela y coloqué otra. Esta vez quería experimentar con varios colores. No pude evitar mancharme, aunque Virginia contribuyó con movimientos infantiles a untarme de pintura. Mi frialdad vaciló durante unos segundos y no tardó en disolverse en una oleada de calor que me tomó de improviso.

Al cabo, quizá por los efluvios de la pintura y del disolvente, empezamos a comportarnos como dos niñas borrachas, y acabamos revolcándonos en la tela,

sin preocuparnos de los registros que nuestros cuerpos habían ido dejando.

Entonces escuchamos voces en el piso de abajo. Nos quedamos rígidas. Poco a poco nos levantamos procurando no hacer ruido y nos aproximamos al hueco de la escalera de caracol. Creo que ambas pensamos que Demillur había vuelto. A mí me produjo una mezcla de pánico y de satisfacción. No duró mucho este sentimiento paradójico.

Eran dos hombres. Me quedé perpleja al descubrir en uno de ellos al mismísimo Mefistófeles-Segismundo Bombardier que me había plantado en el VIP.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuré—. La ducha está en el piso de abajo.

—Pues, yo voy a ducharme.

Y con una decisión que me pareció temeraria

descendió por las escaleras, saludó a los hombres sin detenerse y se metió en el cuarto de baño. Descubrí que, al andar, Virginia meneaba el culito con los volantes de sus braguitas salpicados de colores. Intenté recordar, pero no me pareció que fuera su forma habitual de moverse cuando iba vestida. Yo empecé a sentir frío y busqué inútilmente algo con lo que cubrirme. Visto que no se había producido ninguna reacción indeseada, no me lo pensé dos veces, e hice el mismo recorrido que Virginia, saludando con idéntica naturalidad.

Al cabo de unos minutos, salimos del baño descoloridas y envueltas en unas toallas demasiado pequeñas que teníamos que sujetar con las manos en los senos y en el vientre para que no se abrieran. Intentamos parecer indiferentes pero yo al menos me sentía abochornada. Los dos hombres nos miraron desconcertados. Quizá había algo más en sus pupilas,

pero no me detuve a investigarlo. En el estudio superior nos vestimos y bajamos con la piel rezumando humedad y los pelos mojados a averiguar qué hacían allí aquellos intrusos.

–¿Se acuerda usted de mí, Louise? –me preguntó sin ambages el autor del libro.

–Naturalmente. ¿A qué se debe esta visita inesperada y diabólica?

El otro hombre intentaba decir algo, pero se mostraba aturdido bajo la mirada de Virginia.

–He recibido el encargo del artista Demillur de ordenar y analizar sus telas y tablas sobre el *Apocalipsis*.

–De este estudio no sale ni una tachuela –dije con rotundidad–. Cuando Demillur vuelva, que disponga lo que quiera. Pero mientras esté bajo mi responsabilidad, no hay nada que hacer.

–No será necesario. Vendré aquí a hacer el trabajo.

–¿Y cómo sé yo que tiene usted el permiso de Demillur?

–Tendrá que fiarse. Yo ni siquiera conozco a Demillur. Tampoco sabía que pintaba obra seria. Solo tenía noticia de su fama como diseñador gráfico. Pero ayer me telefoneó y me dijo que había leído mi libro y que quería que estudiara su *Apocalipsis*.

En ese instante, el otro hombre pareció escapar del raro poder hipnótico de Virginia sobre él, y me tendió un papel. Lo firmaba Demillur, y pedía que se entregara *La Gran Ramera* a su portador.

–¿Por qué no nos tomamos un café? –propuso de pronto Virginia.

Me pareció una idea excelente.

El desconocido dijo llamarse padre López, y ser

amigo de la infancia de Demillur. Después de algunas consideraciones, aceptó que *La Gran Ramera* permaneciera en el estudio. Incluso me dio las llaves que Demillur le había dejado para entrar en el estudio. Yo al principio interpreté que los dos hombres venían juntos. Pero Bombardier explicó que se había encontrado la puerta abierta, había entrado y había visto a López en el estudio. No sé por qué, el cura enrojeció súbitamente cuando Bombardier llegó a este punto.

Eran casi las cuatro cuando dimos por terminada la tertulia. Habíamos consumido toda la provisión de bolsas de frutos secos de Demillur y varias botellas grandes de cerveza que guardaba en el frigorífico.

Me quedé un rato sola en el estudio, a pesar de que estaba muerta de hambre. Hice un rastreo minucioso de los dos pisos de la casa en busca de la

Arcadia con mi imagen, pero no di con ella. Luego, recogí un poco las telas con la impronta de Virginia. Me había hecho jurar que terminaría “su retrato” en los próximos días. Aseguró que volvería al día siguiente para que dedicara un rato a esas fotografías tuyas que yo había prometido hacer para completar la obra.

Por último me dispuse a poner *La Gran Ramera* en un lugar aireado y fuera de la circulación habitual en el estudio sacro, para que se secase. Tendría que arreglar las huellas que habían dejado mi mano y la de Virginia en los laterales. Aplacé el trabajo para el día siguiente.

López cuelga los hábitos

Demillur tardó más de un mes en reaparecer. Si hubiera vuelto al día siguiente de su marcha, quizá las cosas ahora serían diferentes.

Para empezar, aquella noche me acosté con Virginia. Descubrí que era una buena manera de empezar.

Mi siguiente decisión fue recuperar el mando en la empresa que dirigía mi hermano. Del modo más protocolario, le compré su parte de ella. Cogió el dinero y se fue a Miami, la ciudad del mundo con mejores perspectivas de negocio inmobiliario, dijo.

Virginia no quiso irse con él. Una tarde me llamó y me dijo que se había quitado el diu y que si quería tener un hijo con ella. Le dije que viniera a mi casa para hablarlo. Durante unas horas estuve dudando. La novedad es que la duda no me hacía sufrir. Llegó con un largo cartucho en la mano. Lo

dejó contra la pared, se sentó a mi lado y me pidió que rellenara todas las lagunas de mi vida, aquello que me había reservado cuando charlábamos en la biblioteca diocesana.

Cuando hubo satisfecho su curiosidad y yo descargado mis secretos, extrajo del cartucho una tela, la extendió y dijo que era su retrato. Efectivamente, flotando en la parte superior estaba pegada su cabeza, fotografiada en blanco y negro. El resto del cuadro era una mancha gris verdosa con briznas de colores que recordaba a un torso humano. Era el tipo de cuadro que se ve hoy en tantas galerías.

–Quiero que lo enmarques –dijo.

Luego, hicimos el amor.

Está embarazada. Le quedan semanas para dar a luz.

Yo tramito la licencia eclesiástica para casarme

con ella, por lo civil, naturalmente, y después de que se divorcie de mi hermano. Cuento con la complicidad de mi viejo amigo el cura, bien situado en Roma. En realidad él ha bendecido mi decisión, y me ha convencido de que es lo mejor que podía hacer en beneficio de Dios y de los hombres. Es tranquilizador tener una autoridad que te respalde.

En cuanto a Demillur... que lo termine de contar Louise.

Louise, artista emergente

Lo último que yo habría soñado es que mi contrato con Demillur acabara con mi salto a la fama internacional. Ahora soy una artista emergente reconocida en Nueva York, en Berlín, en Sydney y en Tokio. Una importante galería ha seleccionado mi obra para la próxima documenta de Kassel. Explicarlo sería imposible, porque el éxito no obedece a razones, aunque es irrealizable sin ayudas.

Segismundo Bombardier, además de demonio y ensayista es un marchante bien situado en varios continentes. Al ver las telas en las que nos habíamos revolcado Virginia y yo, quedó maravillado. Me preguntó si podía hacer una serie. Le contesté que sí. Esta vez contraté a una modelo para darle instrucciones precisas. En la sesión que dedicamos a embadurnarnos juntas, descubrí que era lesbiana y tuve que librarme de ella mediante una lucha digna de

una película porno. El resultado, sin embargo, fue fantástico. Pero ya no quise hacer nuevos experimentos.

Mefistófeles me pidió un título para la serie. De pronto se me ocurrió éste: *Castigos*, que en inglés tiene una eficacia todavía mayor, *Punishments*, y en alemán suena con contundencia puritana, *Abtötung*.

Cuando regresó Demillur, repentinamente, caí en la cuenta de que durante todo ese tiempo no había dedicado ni un minuto al trabajo por el que él me pagaba. En realidad sí sabía que le debía unas obligaciones. Mefistófeles, también. Contrató a un chavalito recién licenciado, que realizó con gran soltura los encargos firmados por Demillur. Sus intereses, pues, no habían resultado mermados.

Salvo en el endiablado asunto del Apocalipsis.

Demillur tuvo el inteligente detalle de telefonear advirtiéndome de su reaparición. Me entró un

pánico total. Durante todo ese tiempo yo había estado usando como propio su estudio sacro de la segunda planta. Lo tenía lleno de telas con impresiones corporales de todo género, extremidades, cabezas (un modelo se la había dejado colorear, luego descubrí que con la esperanza de una recompensa erótica: permití que me sobara un rato mientras nos revolcábamos llenos de pintura, le dejé claro que era lo máximo que podía esperar de mí), de espaldas, de nalgas, de genitales. No me he detenido ante nada. Ninguna parte del cuerpo ha sido una barrera para mí.

Había arrinconado los cuadros y cartones de Demillur y me había olvidado de ellos. Me había olvidado completamente. Incluso había olvidado que tenía que reparar los laterales de *La Gran Ramera*. Fue el único lienzo que encontré. Los demás habían desaparecido. ¿Quién se los había llevado? ¿Por qué?

Efectivamente, Mefistófeles. Y la razón que

tuvo: quitar de en medio algo muy enojoso cuando se toma en serio. Quería borrar la prueba más fehaciente del Apocalipsis hacia el que se encamina el arte.

El misterio sin resolver era por qué había dejado incólume *La Gran Ramera*.

De pronto, lo descubrí.

Al observar con atención la tela, en los trozos dañados por mi mano y la de Virginia en los laterales, pude ver que bajo aquel cuadro había otro. Hice el esfuerzo de recordar la composición que Demillur había hecho para su *Arcadia*, raspé con disolvente en algunos puntos, y comprobé que la *Arcadia* todavía existía.

Llamé a Bombardier. Le pregunté por los cuadros del Apocalipsis. Me dijo que no me preocupara, que los había guardado él, según disposición de su creador.

Demillur estuvo desorientado en su estudio durante uno rato. Guardó un silencio angustioso para mí. Yo esperaba el estallido de su cólera. Cuando reuní fuerzas para hablar, le expliqué que me había tomado la libertad de usar su lugar de trabajo, pero que los encargos seguían fluyendo con regularidad, y que los llevaba a cabo con maestría impecable un joven contratado.

–Vaciaré el estudio mañana mismo. Tu serie del Apocalipsis la tiene Bombardier, como tú querías. – Hice una pausa, y terminé de golpe–, ¿no?

Meneó la cabeza de arriba abajo.

Entonces se puso a observar mis telas embadurnadas. Al cabo de un rato dijo esto:

–La experiencia personal es la clave de la creación artística. Lo que se inventa a capricho no es arte. Si no veo lo que me cuenta un artista, si necesito explicaciones, entonces es una falacia. Yo siempre he

pintado de dos maneras: lo que veía fuera y lo que llevaba dentro. Y ahora dudo de si he hecho algo bueno.

–Tu mundo interior... –empecé a decir, pero me quedé muda.

–Los mundos interiores más interesantes son los de los locos o los de los enfermos. Muy pocos artistas cuerdos en la historia han tenido mundos interiores. Pero a todos nos gusta el exhibicionismo. ¿Sabes una cosa? Me quiero olvidar del Apocalipsis. Voy a pintar sólo cosas bellas.

Humedeció un trapo en disolvente, se acercó a *La Gran Ramera* y empezó a frotar exactamente donde se encontraba mi cabeza, que no tardó en aparecer.

–¿Por qué lo hiciste?

–¿Tapar tu retrato?

–También. Pero sobre todo, por qué se te ocurrió pintarlo.

–Porque eres una buena chica. Y porque me gustas. Luego, me dio miedo.

Desde entonces, vivimos juntos. Mi madre está encantada.

Epílogo

Mefistófeles-Bombardier está a punto de abrir una exposición en Zurich sobre los trabajos de diseño de Demillur. Se prevé la asistencia de coleccionistas rusos y norteamericanos, entusiasmados por lo que han visto en el catálogo. Demillur ha hecho unos comedores y unos sofás, unas estanterías y unos baños que realizan los sueños de los nuevos ricos más ricos del Este y del Oeste.

El demonio es imbatible. Pero no hay que olvidar que actúa porque Dios le deja. Lo dice el padre López.